

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del  
**ESPACIO**

# FUENTE DE VIDA Y MUERTE

glenn parrish

## CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del

ESPACIO

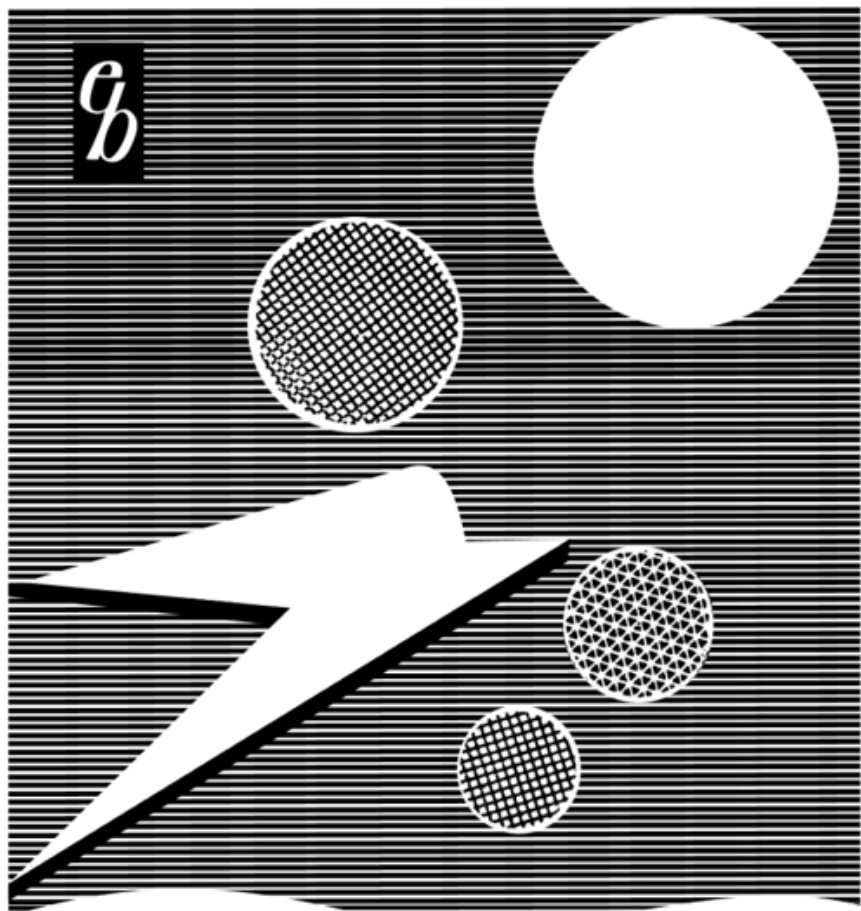
# FUENTE DE VIDA Y MUERTE

glenn parrish

## CIENCIA FICCION



cb



# LA CONQUISTA DEL ESPACIO

## ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

253 — El pozo máximo - *Glenn Parrish*.

254 — Especial Espacio, 12.30 - Marcus Sidereo.

255 — El nuevo Edén - Clark Carrados.

256 — Los dioses lloran sangre - *Cutis Garland*.

257 — Perispíritu - Adam Surray. **GLENN  
PARRISH**

FUENTE DE  
VIDA Y MUERTE

**Colección**

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 258**

**Publicación semanal.**

**Aparece los VIERNES.**



# **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO**

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 20.3531 – 1975

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1975

© **Glenn Parrish — 1975**

texto

© **Alberto Pujolar — 1975**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1975

# CAPITULO PRIMERO

Con un gesto de disgusto, Egon Durrell contempló los instrumentos de su nave y se dijo que, en el transcurso de los próximos diez segundos, debía tomar una decisión.

El aparato volaba ya oblicuamente en cota subatmosférica, como si buscara por sí solo un lugar donde posarse y descansar después de un largo viaje. Egon Durrell sabía, sin embargo, que todavía podía remontarse y salir al espacio, pero que, en cuanto lo hubiera hecho, su astronave se convertiría en un pecio sin gobierno. Sencillamente, quedaría al garete en una zona del espacio escasamente conocida.

Pero si aterrizaba, ya no podría alzar el vuelo. Y no tenía noticias de que el planeta en cuya atmósfera se hallaba ya, dispusiera de astropuertos ni muchos menos de astronaves que se pudieran fletar, bien por compra, bien por alquiler.

Entonces fue cuando Durrell vio algo que le dijo que podría encontrar allí lo que buscaba con tanto afán.

Una extensión de infinita blancura..., a lo lejos una chispa azul verdosa... Sí, podía ser lo que buscaba.

—Y si no lo es, ya no tendrá importancia alguna el hecho de que no pueda regresar —murmuró a media voz, mientras disponía todo lo necesario para la maniobra de aterrizaje.

La velocidad oblicua disminuyó considerablemente. De pronto, Durrell captó ciertos ligeros chasquidos que provenían del interior de la nave.

Las agujas de los indicadores de energía oscilaron violentamente al principio y con lentitud después. Durrell se dio cuenta, espantado de que la escasez de combustible había sido mayor de lo que pensó.

La nave empezó a caer a plomo. Desesperado, Durrell conectó los cohetes de freno, cuya combustión se producía independientemente de los otros motores de la nave. Tenía los acumuladores de emergencia, que le podían dar luz y una moderada cantidad de energía durante meses, incluso, pero no podrían levantar la nave un palmo del suelo.

Los cohetes de freno, por fortuna, hicieron una buena labor, aunque no tanto como Durrell habría deseado. Durrell vio que iba a caer en la linde de un espeso bosque de árboles muy semejantes a

pinos terrestres. Más allá, se extendía una inmensa planicie blanca. Con un rápido vistazo, comprobó que la temperatura exterior era, en aquellos momentos de  $-11^{\circ}\text{C}$ .

Crujieron los árboles y chasquearon las ramas al ser destrozados por el peso de la nave. Las patas de sustentación estaban fuera, pero una de ellas se quebró como si hubiera sido una frágil caña, al chocar contra una roca de gran tamaño, oculta por una espesa capa de nieve.

La nave se ladeó. Quebró un árbol. El siguiente, un gigante de cuarenta metros de altura y tronco de tres de diámetro, resistió.

Cesaron los ruidos. Durrell soltó las ligaduras de seguridad y se puso en pie. La inclinación, por suerte, no era excesiva, unos  $14^{\circ}$ .

Durrell cayó a gatas, pero se levantó en el acto. Renegando interiormente del pésimo aterrizaje, que le habría desacreditado ante el Tribunal de Patentes de Piloto Espacial, se acercó al cuadro de instrumentos.

Por fortuna, los acumuladores de emergencia, funcionaban perfectamente. Durrell sabía que tenía luz, calor y algo de fuerza durante tres meses. Pero no permanecería tanto tiempo en aquel lugar.

Lanzó una mirada al exterior. No veía mucho, porque los árboles, el más bajo de los cuales medía unos treinta metros de altura, cortaban su visión a poca distancia. Tendría que salir al exterior y realizar una corta exploración personal.

Inmediatamente, se puso el traje térmico, alimenta do por una batería individual. Agarró una mochila con los instrumentos de exploración y, tras colgar del cinturón una pistola con proyectiles de alto poder explosivo, se dirigió a la escotilla. El arma podía serle útil, ya que ignoraba la clase de animales que podían vivir en Swótari, que era el nombre del planeta al cual había llegado y no precisamente de muy buena gana.

Durrell pensó que debía tomarse las cosas con filosofía. Solamente sentía no cumplir su misión, por lo que pudiera ocurrirle a cierta persona. Lo lamentaba enormemente, incluso, pero, a fin de cuentas, se dijo el viejo Melvin Kalazoo ya había vivido lo suyo.

Lo lastimoso era que no vería más a su bella hija Thea. Pero las lamentaciones no resolverían su situación.

La mochila, con los elementos de exploración, más que pesada, era grande, pero el suelo estaba cerca. La nieve, en aquel punto, tenía

unos treinta centímetros de espesor. Durrell podía trabajar con la visera de su casco alzada; el frío, aunque vivo, resultaba soportable.

Abrió la mochila. Un televisor de quince pulgadas quedó instalado sobre su trípode. Luego sacó la telecámara y el aparato de control remoto. Entonces, cuando se disponía a hacer funcionar el conjunto de aparatos, vio a la mujer.

Ella estaba parada a unos diez o doce metros de distancia y era alta, de cuerpo robusto, o quizá eran las pieles que lo cubrían las causantes de tal impresión. Llevaba un gran gorro de piel, pero parte de los cabellos, rubios, casi pajizos sobresalían fuera.

Sus ojos eran claros, muy claros, tanto, que Durrell llegó a creer que no tenía pupilas. Era joven y de facciones agraciadas, pero estaba armada.

Y era un ser hostil, porque la mujer, casi en el acto, puso horizontal aquella especie de escopeta de cañón grueso que llevaba, y apretó el disparador.

\* \* \*

Durrell intuyó el gesto y se lanzó hacia delante. Algo zumbó horriblemente sobre su cabeza. Detrás de él, se oyó un espeluznante castañeteo, cuando los proyectiles chocaron contra el grueso tronco de un árbol. Durrell rodó por la nieve y pudo captar, durante una décima de segundo, la expresión de asombro de la mujer, causada por el fracaso de su ataque.

Desesperadamente, ella quiso recargar el arma. Antes de que pudiera hacerlo, un poderoso puño golpeó su estómago y la hizo caer sentada en el suelo, con los pulmones vacíos de aire.

Las lágrimas, más de rabia que de dolor, asomaron a los bellos ojos de la nativa. Durrell se inclinó, recogió la escopeta y la arrojó a lo lejos.

—Ya está bien de bromas —dijo malhumoradamente—. ¿Por qué me has atacado?

—Tú querías matarme... —contestó ella.

—No digas tonterías. —Durrell golpeó con la mano la culata del

arma que llevaba a la cintura—. Ni siquiera la he sacado—añadió.

—Entonces, ¿no eres hostil?

—¿Por qué iba a serlo? Nunca ataco a los desconocidos, que luego pueden resultar amigos. Pero, dime, ¿quién eres tú?

—Issya —contestó la joven—. ¿Cuál es tu nombre?

—Egon—dijo Durrell. No servía de nada facilitar el apellido—. ¿Qué haces aquí?

—Cazo. Y también huyo.

—¿De quién?

—De Kundro, el cazador. Quiere hacerme su novena esposa. He renunciado a tan dudoso honor.

Durrell resopló.

—¡Novena esposa! Eso significa que aquí, en Swótari, está permitida la poligamia.

—En la región del frío, sí. Kundro tiene ya ocho esposas y treinta y nueve hijos. Es un cazador muy hábil y astuto, y cuenta con muchos amigos.

—Vaya, el buen Kundro lo tiene todo —comentó Durrell sarcásticamente—. Hasta buen gusto —añadió con intención—. No me extraña que quisiera hacerte su esposa.

—Kundro no me gusta en absoluto. Es cruel y despiadado. Mis padres no hubiesen tolerado ese matrimonio. El los mató. Entonces, yo escapé del poblado.

—¿Está a mucha distancia ese poblado?

—Unas cuatro jornadas...

Durrell contempló a la joven, quien ya se había puesto en pie. Era muy fuerte, pero debajo de las pieles, debía de haber un cuerpo de notable esbeltez. En torno a la cintura, llevaba una especie de cartucheras, repletas de extraños cilindros, que medían unos catorce centímetros de largo, por cuatro de diámetro.

La escopeta yacía sobre la nieve. Era de construcción mixta, metal y madera, y tenía unos mecanismos que a Durrell le resultaron desconocidos por el momento.

—¿Qué proyectiles dispara este trasto? —preguntó.

—Flechas. Cada cartucho contiene veinte —dijo Issya.

Durrell respingó. Volvió la cabeza. En el tronco del árbol había clavadas veinte flechitas de unos doce centímetros de largo por dos milímetros de grosor. El espacio que ocupaban las flechas no superaba el decímetro cuadrado. Durrell se estremeció al pensar en los horribles efectos que podían causar aquellas flechas en un cuerpo humano.

—¿Cómo disparas los cartuchos? —preguntó.

—Aire comprimido —dijo Issya—. El arma tiene un compresor manual.

«Como las escopetas de feria», pensó él.

—Escucha, no quiero hacerte daño —dijo—. He venido a este planeta en son de paz. Incluso, si lo deseas, «puedo ayudarte a escapar de Kundro. Te devolveré el arma si prometes no atacarme.

Issya levantó la mano derecha.

—Prometido —dijo solemnemente. Luego, invadida por la curiosidad, preguntó—: ¿Qué haces en Swótari?

—Busco algo —respondió él, evasivamente—. Quizá lo he hallado, pero no tengo la seguridad de que se encuentre aquí. Pensaba explorar la región cuando apareciste tú.

—Lo siento, creí que ibas a atacarme. ¿Qué son esos aparatos?

—Lo verás en seguida —sonrió Durrell.

Volvió al lugar donde había dejado los instrumentos y buscó la caja de control remoto. Una diminuta telecámara se elevó a los pocos instantes en el aire.

Issya lanzó un grito de admiración. Durrell no hizo caso de su asombro; tenía la vista fija en la pantalla del televisor, en la que aparecían las imágenes captadas por la cámara voladora.

A los pocos momentos, lanzó una exclamación de desaliento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Issya.

—Mira —dijo él—. ¿Qué es lo que ves?

Issya se acercó al televisor. La imagen de una llanura infinita

aparecía nítidamente en la pantalla.

—Es el Mar Sólido —dijo la nativa.

—¿Cómo?

—Nosotros, lo llamamos así. El bosque termina donde principia esa llanura. Nunca nos hemos aventurado más lejos del bosque; moriríamos de hambre y de frío —explicó Issya.

—Sí que es un panorama —gruñó él, a la vez que hacía ganar a la telecámara varios centenares de metros de altura.

Pero las imágenes no se alteraron en absoluto. Por todas partes se veía lo mismo: una incalculable extensión de terreno llano, incluso espejeante, de una lisura absoluta. Si era un mar, estaba helado desde hacía millones de años, calculó Durrell, nada optimista.

—Entonces, no sabes qué hay al otro lado del Mar Sólido —dijo.

—No, nunca hemos estado allí —contestó Issya.

«Es una lástima», pensó el hombre. En la computadora de información de la nave, los datos sobre Swótari eran más bien escasos. Ello se debía, sin duda, a la falta de exploradores que hubiesen recorrido el planeta.

Pero según los instrumentos, el Sur se encontraba en dirección al mar de hielo. El Norte estaba a sus espaldas. Por tanto, si además de las gentes de la tribu de Issya había otros habitantes en Swótari, tenían que vivir al Sur.

En todos los planetas de la Galaxia, la constante de la mayor parte de sus pobladores era idéntica: buscar las tierras cálidas y soleadas. Swótari no podía ser una excepción, caso de que hubiese más habitantes.

Pero la nave estaba averiada y ya no podría levantarla del suelo. Y ni siquiera disponía de un bote auxiliar o cualquier otro vehículo que le sirviese para cruzar el Mar Sólido, en busca de su objetivo.

Un ligero soplo de viento le dio de repente en la cara. Issya tenía los ojos fijos en el rostro del astronauta y vio una nueva expresión en sus facciones.

—¡Ya lo he encontrado! —exclamó él.

—¿Qué es lo que has encontrado? —quiso saber la joven.

—Simplemente, el medio para cruzar el Mar Sólido.

—No podrás; antes morirás.

—Todavía no sabes bien las cosas de que soy capaz de hacer —rió él—. Por cierto, ¿querrás venir conmigo o prefieres quedarte a vivir en este país eternamente helado?

Issya vaciló.

—Nunca he salido de mi tierra —confesó.

—Ahora es el momento de probarlo. Bueno, no ahora, sino dentro de varios días, cuando tenga preparado mi vehículo. ¿Me ayudarás? .

—Soy muy torpe —dijo ella.

—Es la falta de costumbre, pero yo te enseñaré... Además, se trata de un trabajo sencillo, aunque, eso sí, durará algunos días. Sin embargo, me imagino, tú no tienes demasiada prisa.

—Ninguna, en efecto.

—Entonces, no perdamos más tiempo. ¡Manos a la obra!

Durrell tenía aún la cámara en el aire y la hizo descender. Se preguntó por qué no habría visto de nuevo aquella luz azulverdosa, tan parecida, en su color, a la llama de un soplete, pero era un problema que no podía resolver por el momento.

De pronto, vio que Issya se ponía rígida.

Antes de que pudiera hacer nada, ella extendió el brazo y gritó:

—¡Ahí vienen Kundro y sus amigos!

## CAPITULO II

Durrell giró en redondo. Entre los árboles, una docena de individuos barbudos, vestidos con pieles y armados con aquellas raras escopetas, corrían hacia aquel claro, a la vez que proferían gritos que más parecían rugidos de bestias salvajes.

Issya levantó su escopeta, pero, desesperada, dijo:

—Son más que nosotros. A ti te matarán y a mí...

Kundro y sus amigos estaban todavía a unos cien pasos de distancia. Durrell decidió darles un escarmiento.

Sacó la pistola y disparó tres o cuatro proyectiles.

En el suelo se elevaron otros tantos conos de humo, tierra y nieve, a la vez que se oían unas espantosas detonaciones. Los atacantes, aterrados, dieron media vuelta y retrocedieron cincuenta pasos.

Issya se sentía pasmada al ver los efectos de aquel arma, mucho más pequeña que la suya. Sin embargo, los atacantes estaban vivos; deliberadamente, Durrell había disparado delante de ellos, a fin de no herir a unos ignorantes, que creían actuar de acuerdo con las que ellos estimaban lógicas normas de conducta.

De pronto, sonó una voz:

—¡Esa mujer es mía! Entrégamela.

Indignada, Issya dio un paso hacia adelante.

—No soy tuya ni de nadie —contestó—. Ese es un derecho que te has arrogado tú mismo, por tu cuenta y razón. Pero aunque tu demanda fuese legal, yo no podría ser la esposa del hombre que hizo asesinar a mis padres.

—Issya, te llevaré al poblado, arrastrándote por los cabellos. Te guste o no, serás mi esposa favorita y me darás más hijos que ninguna de las otras —dijo Kundro.

—Te hace un gran honor —sonrió Durrell.

—Honosres de esa clase dan náuseas —respondió Issya despreciativamente. Alzó la voz—: No iré contigo, Kundro; es una decisión firme e irrevocable.

—¿Acaso te has unido al hombre que tienes al lado?

Durrell respingó.

—¿Qué diablos dice ese tipo? —masculló.

—Si ese hombre te quiere, tendrá que luchar conmigo. Issya, si pierdo, renunciaré a ti —gritó Kundro.

—¡Pero yo no tengo ganas de pelea! —protestó Durrell—. No he venido a Swótari a pelear...

—¡Yo lucharé contigo, Kundro! —gritó ella—. ¡A muerte!

Durrell se pasó una mano por los ojos. ¿A qué planeta de locos había ido a aterrizar?

Kundro tiró la escopeta a un lado y avanzó hacia el lugar en que estaba la pareja.

—Ésta noche serás mi esposa y yacerás en mi lecho —anunció, sonriendo complacidamente.

Durrell dio un paso hacia adelante.

—Tendrás que pelear conmigo —dijo.

Kundro le miró con expresión despectiva.

—Me das lástima —sonrió.

El puño de Durrell salió disparado de repente. Crujió una mandíbula y su dueño cayó fulminado.

—Cuidado, Egon —avisó Issya, en voz baja.

Había movimiento entre los árboles. Durrell sacó la pistola de nuevo y disparó, ahora a unos veinte metros sobre el suelo.

Los proyectiles estallaron al chocar contra los troncos o las ramas altas de los árboles. El bosque hirvió en explosiones durante unos segundos. Los cazadores, aterrados por aquellos colosales estampidos, acabaron por emprender la huida.

Durrell sonrió un momento. En el suelo, Kundro rebullía, volviendo a la vida al pasársele los efectos del golpe.

—Espero que no vuelvan jamás por aquí —dijo Durrell, mientras se disponía a colocar un nuevo cargador en el arma.

Enfrascado en la operación, no se había dado cuenta de que daba la espalda a Kundro. De pronto, oyó un golpe y un par de chasquidos, a la vez que sonaba un horrible alarido.

Durrell giró en redondo, tendiendo el brazo armado. A cuatro pasos de distancia, Kundro, todavía con un enorme cuchillo en la mano derecha, se tambaleaba horriblemente, con la otra mano crispada en el pecho, en el que se veían asomar los pequeños ástiles de las flechas disparadas por Issya.

Kundro se vino al suelo repentinamente. A cuatro pasos, Issya, muy pálida, miró a Durrell.

—Quería atacarte a traición —dijo—. He tenido que disparar contra él y no lo lamento.

Durrell inspiró con fuerza.

—Gracias, Issya —contestó—. No, no lo lamente; ese tipo tenía la cara y los hechos del perfecto traidor.

Los movimientos de Kundro cesaron a los pocos instantes. Tras unos segundos de indecisión, Durrell avanzó una cincuentena de pasos.

—¡Eh! —gritó con poderosa voz—. ¡Vuestro jefe ha muerto! ¡Venid a recoger el cadáver!

Los cazadores empezaron a asomar cautelosamente entre los árboles..

Durrell continuó:

—Dejaré pasar, a cuatro, pero desarmados, sin escopetas ni cuchillos. El primero que me desobedezca, volará en pedazos.

Hubo unos cuchicheos entre los cazadores. Al fin, cuatro de ellos se destacaron del grupo y caminaron recelosamente, vigilados en todo momento por la pistola de Durrell.

Issya les contemplaba ceñudamente.

—Llevad la noticia al poblado —dijo—. Kundro podía ser el mejor cazador, pero era el peor hombre de todos. No creáis que sus ocho viudas le van a llorar excesivamente. Al menos, podrán dormir por las noches sin ser apaleadas.

En completo silencio, los cazadores se llevaron el cuerpo inerte de

Kundro. Durrell siguió al grupo por medio de la telecámara, que volaba a ras de las copas de los árboles, hasta que se convenció de que su alejamiento era definitivo.

Entonces se volvió hacia la joven.

—Creo que es hora de que pongamos manos al trabajo —sonrió.

Issya hizo un esfuerzo para sonreír también.

—Me siento algo afectada —declaró—. Compréndelo, nunca resulta agradable tener que disparar contra un ser humano.

—Pero has salvado la vida de otro —dijo él—. Anda, vamos.

Dócilmente, Issya le siguió hasta el interior de la nave.

—Lo primero que haremos es comer algo —dispuso Durrell—. Por fortuna, tengo provisiones de sobra y... Si tienes calor, quítate algo de ropa.

Las baterías de emergencia proporcionaban una agradable temperatura al interior de la nave. Issya se quitó el gorro y una cascada de rubios cabellos se desplomó sobre sus espaldas. Debajo del grueso chaquetón de pieles, llevaba una especie de túnica, hecha de un tejido muy fino, con extraños dibujos. La túnica, apreció Durrell, encerraba un busto de curvas armoniosas y firmes. El resto de la indumentaria eran unos pantalones, de piel, prolongados en unas botas altas, muy resistentes. Issya se despojó también de los pantalones, quedando solamente con una especie de panty del mismo tejido que la túnica.

La figura de Issya era aún más esbelta de lo que Durrell había calculado. En aquel momento, comprendió las ansias de Kundro por convertir a aquella hermosa joven en su novena esposa.

Issya, por otra parte, se comportaba con bastante naturalidad, aunque la mayor parte de las cosas eran nuevas para ella. Durrell apreció su discreción en alto grado. Era una mujer muy inteligente, se dijo; sólo era preciso cultivar su mente, para convertirla en un ser de excepcionales cualidades.

Después de tomar unos bocados, Durrell despejó la mesa y colocó sobre ella una gran hoja de papel, lápices y una regla.—¿Qué es lo que vas a hacer? —preguntó Issya.

—Tendremos que cortar algunos troncos y dejarlos del tamaño adecuado. Pero antes conviene hacer los planos de nuestro vehículo, á

fin de evitarnos trabajos inútiles.

—Pero no veo animales que tiren de él.

Durrell sonrió.

—Hay un animal que nunca descansa y cuya fuerza, bien aprovechada, es inagotable.

—Eres un hombre muy sabio. ¿De dónde sales? ¿Qué buscas en Swótari?

El rostro de Durrell adquirió de repente una expresión evocadora.

—Nací en un planeta llamado Tierra, hace treinta años —contestó—. Siendo todavía muy pequeño, mis padres emigraron a Ritt-o-Mon y allí he vivido hasta que... Bueno, mi historia es un poco larga de contar, así que lo dejaré para otra ocasión. Pero si quieres saber qué es lo que busco, te diré que es la Montaña del Fuego Frío.

—¡El Fuego Frío! —repitió Issya.

—¿Has oído hablar tú de él? —preguntó Durrell.

—Hay leyendas en nuestro pueblo... Nadie lo ha visto jamás, pero se dice que posee propiedades maravillosas... ¿Está en Swótari?

—Pudiera ser, no es seguro. De todos modos, lo buscaremos hacia el Sur.

—Viajaremos en ese vehículo tirado por un animal que nunca se cansa —dijo la joven.

Durrell asintió, a la vez que sonreía.

—Pronto lo sabrás —dijo evasivamente.

\* \* \*

Una semana después, Durrell pudo contemplar su obra, plenamente satisfecho de los resultados conseguidos.

—Aunque, de momento, sólo en teoría —dijo.

—No entiendo —manifestó Issya.

—Es bien sencillo. El aparato ha sido construido a la perfección. Pero no sabemos si funcionará de acuerdo con los deseos de su constructor.

—Habrá que probarlo...

—Sí, pero con todo el equipo y los pertrechos, es decir, listos ya para el viaje.

—Entonces, no hay más que iniciar la carga, Egon.

—Justamente.

Durrell había concebido su idea al ver la infinita extensión que era el Mar Sólido y al sentir en su cara un soplo de viento. Sustancialmente, había construido un trineo, de grandes dimensiones, que sería movido por una vela y guiado por una espadilla a guisa de timón. Durrell había añadido otros adminículos, que sólo serían utilizados en determinadas circunstancias. Además, había construido una caseta, que les abrigaría del frío en caso necesario.

El vehículo era de gran capacidad. Durrell decidió llevarse casi todos los víveres de repuesto de la nave. Además, Issya había demostrado que no en vano pertenecía al pueblo de los cazadores. Dos animales, semejantes a jabalíes, de carne fina y sabrosa, habían caído bajo los disparos de su original escopeta de aire comprimido. La carne de las bestias, debido a las bajas temperaturas, que nunca sobrepasaban el cero de la escala centígrada, podía conservarse indefinidamente.

Para beber, emplearían hielo fundido. Durrell había hecho una prueba, con una piqueta y un cubo de metal, que había puesto al fuego. El hielo proporcionaba un agua perfectamente potable. De este modo, se evitaban un peso inútil en el trineo.

Como elemento calefactor, para caso de detención durante un tiempo demasiado largo, Durrell había decidido llevar un diminuto acondicionador de aire, movido por una pila de larga duración. No obstante, confiaba en una relativa brevedad del viaje. El trineo, estaba seguro, se movería a gran velocidad, impulsado por la vela construida con elementos del tejido protector externo de los mamparos de la astronave y cosida por Issya con gran habilidad.

Cuando toda la carga estuvo a bordo, Durrell hizo que Issya subiera al trineo. Por medio de una perforadora manual, perteneciente al equipo de herramientas de la nave, había hecho un orificio en el hielo, en donde había colocado un largo barrote de metal, con una

cuerda, que desempeñaban el papel de áncora y cadena. Si el viaje no terminaba en la primera jornada, tendrían que utilizar aquel procedimiento para descansar, evitando que el trineo se moviese por sí solo en un rumbo no deseado.

—¿Lista? —preguntó Durrell cuando vio a la joven en el trineo.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Cuando quieras —contestó.

Durrell la contempló, sonriente.

—¿No echarás algún día en falta a los tuyos?

—No. Ningún lazo me retiene ya a mi pueblo —dijo Issya, con voz firme y serena.

—Bien, entonces, ¡adelante!

Durrell tiró de la cuerda. El trineo, sin embargo, permaneció quieto. La vela estaba aún recogida y la desplegó y orientó adecuadamente. Entonces, con cierta lentitud, el original vehículo empezó a moverse.

Durrell maniobró con la espadilla para orientar el trineo. Delante de sí, tenía una brújula universal. Puso rumbo Sur en el momento en que notó que el trineo empezaba a moverse.

A los pocos minutos salieron de la relativa protección que era el bosque. El viento se hizo notar con más fuerza y el trineo aumentó su velocidad.

Durrell volvió la vista atrás un segundo. Allí quedaba la nave, que nunca más volvería a volar por el espacio. En cuanto a él, había emprendido una aventura no de muy buen grado, pero quizá era la única manera de salvar la vida.

Porque si quería vivir, tenía que conseguir que Melvin Kalazoo prolongase su vida. O de lo contrario, jamás volvería a salir de Swótari.

En la astronave que dejaba abandonada, había una emisora de radio subespacial, que un día podría emitir una llamada de socorro. Pero si no triunfaba, no podría hacer la llamada que le permitiría volver al mundo en que había residido desde su más corta edad.

Tras unos segundos de reflexión, volvió la vista al frente. Era

preciso mirar hacia delante, hacia el futuro.

# CAPITULO III

El viento soplaba de una manera casi constante, imprimiendo al trineo una velocidad media de cincuenta y cinco o sesenta kilómetros a la hora. Después de media jornada, Durrell comprobó que no había a su alrededor más que una infinita extensión de hielo, de una lisura que superaba a cuanto hubiera podido imaginar.

Los patines del trineo siseaban ligeramente, dejando atrás una leve estela de hielo pulverizado, que se posaba a poco nuevamente. Issya, de pie, agarrada a uno de los obenques que daban fortaleza al mástil, miraba hacia el horizonte, en el que no se advertía la menor señal de variación en la línea recta que separaba el cielo gris de la tierra.

Al atardecer y en vista de que no se advertían señales que indicasen el próximo fin de aquel desierto de hielo, Durrell decidió hacer alto para pernoctar.

Issya le ayudó a arriar la vela. Aun así, el trineo, debido en parte a la estructura del refugio y a su propia construcción, ofrecía cierta presa al viento, por lo que era necesario anclarlo. Una vez terminada esta operación, Durrell saltó al suelo y revisó atentamente los patines.

—Todo en orden —dijo, satisfecho, momentos más tarde.

Subió al trineo, cuya cubierta, debido a su peculiar construcción, estaba a casi un metro del suelo. Issya se ocupaba de recoger un poco de hielo, para fundirlo y tener así agua con la que beber y hacer un poco de café en el hornillo eléctrico que Durrell había incluido entre los pertrechos.

Dentro de la caseta reinaba una agradable temperatura. Después de cenar, Durrell se tendió sobre la colchoneta que le serviría de lecho.

—Me gustaría hacerte una pregunta —dijo Issya, de pronto.

—Lo que quieras —accedió él.

—Es referente al Fuego Frío. ¿Qué interés tienes en esa sustancia?

—Se trata de un buen amigo mío. Lo es, a pesar de la diferencia' de edad, ya que él tiene ahora unos ciento sesenta años. Pero se encuentra ya viejo, agotado y sin ánimos para continuar con el

gobierno de Ritt-o-Mon. Melvin Kalazoo sabe que el Fuego Frío puede prolongar su existencia y por eso me envió a mí a buscarlo.

—¿Solo? ¿Por qué no envió una expedición compuesta por varios hombres?

—La cosa resultaría larga de explicar, Issya. Y de no tratarse de Kalazoo, yo tampoco estaría aquí. Claro que si Kalazoo no fuese quien es, también hubiera podido ocurrirme lo peor.

—¿Lo peor? ¿Acaso iban a matarte?

—Puede que me hubieran respetado la vida, pero no me habría, librado de ser encerrado para el resto de mis días.

Ella le miró con gran curiosidad.

—Diríase que has cometido un crimen —exclamó.

—Yo no lo considero así, pero hay quien opina todo lo contrario. Kalazoo me dio esta oportunidad y tuve que aprovecharla. Su hija Thea también me lo pidió. Íbamos a casarnos y... Bueno, las cosas no salen siempre como uno desea.

—Es curioso. Ibas a casarte con la hija de un hombre que tiene siglo y medio...

—Kalazoo fue un hombre de fuerza y vigor excepcionales hasta hace cosa de muy pocos años, en que empezó a languidecer sin que se conocieran exactamente las causas de su decadencia física. Por tanto, hace veinticinco años, y a pesar de su avanzada edad, pudo tomar una nueva esposa, que le dio una hija, Thea.

—¿También son polígamos en Ritt-o-Mon?

—Oh, no, simplemente, Kalazoo se había quedado viudo.

—Comprendo. De modo que si vuelves a Ritt-o-Mon con el Fuego Frío, te indultarán.

—Al menos, eso es lo que Kalazoo me prometió. Pero si él muriese en el intervalo, mi condena subsistiría y yo no podría regresar a Ritt-o-Mon.

—¿Echas de menos a tu planeta?

Durrell tardó unos segundos en contestar.

—Me pasa, en parte, lo mismo que a ti —dijo—. De no haber sido

por Kalazoo, no sentiría el menor deseo de regresar a mi mundo.

—Pero allí te espera tu futura esposa.

—Issya, yo quiero que Kalazoo viva muchos años más, porque eso conviene al porvenir del planeta que él rige; pero, la verdad, convertirme en el esposo de su hija no es cosa que me haya agradado particularmente demasiado.

—Entonces, no la quieres.

—Es muy hermosa, pero a veces la belleza física no lo es todo.

—Sí, creo que tienes razón —convino la nativa, pensativamente.

Issya se tendió en su lecho y colocó las manos bajo la cabeza.

—Buenas noches, Egon —se despidió.

—Buenas noches —contestó él.

Durrell apagó la luz. El sueño vino a librarle momentáneamente de todas sus preocupaciones.

\* \* \*

Cuatro días más transcurrieron, con una aplastante monotonía, antes de que el termómetro empezase a marcar temperaturas más altas, aunque, sin embargo, no rebasaban todavía el cero. Durrell estaba impedido de utilizar la telecámara, ya que necesitaba la energía para la calefacción nocturna del habitáculo y para calentar las comidas. El diminuto motor antigravitatorio que hacía volar la telecámara tenía un notable consumo de energía y Durrell prefería ahorrar las pilas en este aspecto, para consumirlo en otros más perentorios.

La monotonía del paisaje, cielo gris, hielo blanco y liso, llegaba incluso a atacar los nervios. De pronto, en el quinto día de viaje, cuando Durrell había calculado ya un recorrido de más de cinco mil kilómetros, vio un pequeño cambio en el cielo.

El gris era azul a trechos. Ya se veían algunas nubes.

—Issya —dijo—, creo que se acaba el Mar Sólido.

—¿Como nos las arreglaremos entonces para seguir navegando?  
—preguntó la joven.

—Espera un poco y lo sabrás.

A mediodía, casi de golpe, llegó el final del mar de hielo.

Ahora era un mar líquido, de olas suaves y agradables tonos verdosos, lo que tenían a la vista. Varias botellas de aire comprimido inflaron los tanques alargados, de tejido elástico que Durrell había colocado junto a los patines. El trineo se convirtió así en una balsa, que navegaba igualmente, aunque con una lógica menor velocidad, impulsada por el viento.

La temperatura media era ahora de seis o siete grados. Apenas hubieron salido al mar, Durrell probó el agua.

—Es dulce —dijo.

Lo cual les evitaba el problema de tener que transportar reservas de líquido, potable. Pero, en cambio, no podrían detenerse para descansar durante la noche.

—Sin embargo, y a menos que me equivoque, donde hay mar, siempre hay una costa —dijo él.

La sexta noche transcurrió sin incidentes de importancia. Durrell, por precaución, redujo la superficie de la vela al mínimo y bloqueó la espadilla, que ahora era timón; de este modo, la balsa no dejaría de navegar, y seguiría un rumbo constante.

Antes de acostarse, tomó la temperatura : 18 °C. De vez en cuando, recibía en pleno rostro efluvios cálidos y perfumados;

—La tierra no puede estar ya muy lejos —calculó, enormemente satisfecho.

Al amanecer, comprobó algo que le arrebató buena parte de la satisfacción que había sentido la víspera; la embarcación se movía con cierta rapidez que no se podía atribuir precisamente al influjo del viento sobre la escasa superficie vélica actuante en aquellos momentos.

La temperatura, asimismo, había subido cuatro o cinco grados más. De pronto, Issya señaló con la mano hacia el horizonte.

—Egon, ¿qué es eso? —preguntó.

Durrell se sintió muy preocupado al ver la gran nube de vapor que se elevaba justo en el borde final de visión. Asimismo, creyó percibir un rumor extraño, leve, pero constante.

—Tengo que arriesgarme a gastar algo de energía —dijo.

Y empezó a preparar la telecámara.

Momentos después, tenía en la pantalla la imagen de una colosal catarata, de más de cien metros de altura. Estaban a unos cinco kilómetros de distancia y la velocidad de la corriente había aumentado considerablemente.

Durrell sintió que se le ponían los pelos de punta.

El ruido de la caída era ya muy fuerte. Pero eso no era lo malo, sino que la catarata, de trazado ligeramente curvo, ocupaba todo el horizonte visible.

Tratábase de una inmensa falla, de decenas de kilómetros de anchura, cuyo fin no se divisaba por sus extremos. Entonces, de golpe, Durrell comprobó que no flotaban sobre un mar de agua dulce, sino sobre un río de dimensiones incalculables.

Iban derechos a la catástrofe, pensó en fracciones de segundo.

—Issya, ¿sabes nadar? —preguntó.

—¿Qué es eso? —contestó ella.

Durrell se aterró. Issya no conocía siquiera el significado de la palabra natación.

En el gélido país en que había vivido siempre, no habría corrientes de agua, probablemente, ni siquiera en la época estival. Resultaba lógico, pues, que Issya no supiera nadar.

Y la catarata estaba cada vez más cercana.

De pronto, Durrell creyó haber hallado una solución, al menos para la joven nativa.

—Issya, aligérate de ropa —ordenó.

Ella obedeció sin vacilar. Durrell sacó un cuchillo y, tumbándose en el borde de la balsa, empezó a cortar las ligaduras que sujetaban uno de los flotadores.

El estruendo de la catarata era aterrador. La velocidad de la balsa

resultaba superior a la de un tren expreso.

—Aquí, Issya —llamó, momentos más tarde, agarrando con la mano una de las cuerdas.

La balsa se había desnivelado. Ahora giraba locamente sobre sí misma. Los pertrechos caían al agua incontinentemente.

La cuerda estaba sujeta al centro del flotador, que era de forma cilíndrica, de unos seis metros de largo por uno y medio de diámetro. Issya, muy pálida, miró a Durrell.

—Prepárate —dijo él—. Cuando yo te diga, salta al agua y agárrate a la cuerda con ambas manos. El flotador te salvará.

Ella asintió. Durrell, con dificultades, pudo ponerse en pie.

Agarrado al mástil, contempló, aterrado y maravillado a un tiempo, aquella colosal cascada, que no tenía parangón posible con nada de lo que había conocido hasta entonces. Era como un larguísimo semicírculo, que se extendía kilómetros y kilómetros a ambos lados, hasta perderse de vista.

La balsa parecía ahora como disparada por un cañón gigante.

—¿Preparada, Issya? —gritó él, para hacerse oír por encima del infernal bramido de la catarata.

Ella pudo apenas contestar con un trémulo gesto. Durrell lanzó una mirada hacia adelante, vio que había llegado el momento culminante y movió la mano:

—¡Ahora! —gritó, con toda la potencia de sus pulmones.

No tenía la seguridad de que Issya le hubiera escuchado, pero sabía que sí había visto su gesto, porque saltó fuera de la balsa y se agarró a la cuerda del flotador. Durrell cortó la cuerda de un hachazo y el flotador pareció salir disparado con la nativa.

Una fracción de segundo más tarde, Durrell tomaba impulso y se lanzaba de cabeza al agua, lateralmente, todo lo lejos que le fue posible. Sintióse envuelto en un rugiente vórtice y, de pronto, le pareció que era catapultado a las alturas.

Pero era una simple ilusión; casi en seguida, inició el descenso á aquel averno líquido.

El ruido y las espumas le rodearon por completo. Aquella caída,

creyó, no iba a tener fin jamás.

# CAPITULO IV

A bordo de su navío de guerra, el capitán Wikor contemplaba el horizonte, a veces con la vista, otras veces por medio del visor de gran alcance, que tenía instalado en el puente de mando. En aquellos momentos, su buque permanecía casi inmóvil, contrarrestando justamente el ligero empuje de la corriente de las aguas sobre las que flotaba.

Un poco más allá, el teniente Squun, su segundo, exploraba igualmente el panorama con otro visor similar, sostenido por un trípode y cuyas imágenes eran enviadas a una pantalla situada a pocos pasos de distancia. En ambos casos, el objeto principal de la observación era la catarata, de la que la embarcación se hallaba a unos cuatro o cinco kilómetros de distancia.

El objetivo del visor de Squun se hallaba enfocado justo en el borde de la catarata, velado a veces por las nubes de espuma, que se aglomeraban o dispersaban, según la acción del viento. De pronto, Squun vio algo que le dejó sin respiración.

Una embarcación y sus dos tripulantes estaban a punto de llegar a la catarata. Antes de que Squun pudiera decir nada, la balsa y sus ocupantes cayeron por la cascada.

—Capitán —gritó, muy excitado—, he visto...

—Sí, yo también, teniente —dijo Wikor—. Pobres —añadió, con acento conmisericordioso.

—Deberíamos intentar salvarles, señor —dijo Squun.

Wikor hizo una mueca.

—No sé de nadie que haya caído por la catarata, pero tampoco creo que nadie pueda salvarse. De todos modos, no nos cuesta nada echar un vistazo. Dé orden de avanzar a la máxima velocidad, teniente.

—Sí, señor.

Squun se inclinó sobre un tubo acústico.

—¡Jefe de máquinas! ¡Por orden del capitán, adelante la marcha máxima!

—Enterado —contestó alguien, en las entrañas del navío.

Dos poderosas hélices batieron el agua. La proa, afilada como un cuchillo, hendió la líquida superficie. Mientras Squun exploraba el paisaje, en busca de los supervivientes, Wikor, con calculada indiferencia, dijo:

—Deseo que se hayan salvado. Andamos un poco escasos de remeros y...

A cuatro kilómetros de distancia, Egon Durrell peleaba con el revuelto oleaje con salvaje decisión. Después de un tiempo que le había parecido inacabable y cuando ya tenía los pulmones a punto de estallar, por falta de aire, había conseguido emerger a la superficie.

De la balsa y todo su equipo podía olvidarse ya. Estaría en el fondo de aquella gigantesca cascada, perdido para siempre. Quizá, más tarde, si las uniones de los troncos que habían formado lo que primero fue trineo y luego balsa se rompían, los troncos subirían de nuevo a flote. Pero el espumoso final de la cascada era de vastísimas dimensiones y quizá no encontraría nunca un tronco que le permitiese sobrevivir.

Nadó para alejarse de las turbulencias del agua, inmediatas a la cascada. De pronto, vio el flotador.

—¡Issya! —gritó.

Nadó en aquella dirección. La muchacha no aparecía por ninguna parte.

Se habría ahogado, pensó Durrell, lo cual era lógico, ya que Issya no conocía siquiera el significado de la palabra natación. Braceó hacia el flotador y se agarró a la cuerda, lo que le permitió descansar inmediatamente.

Miró a su alrededor. La corriente le alejaba de la catarata. «¡Pobre Issya!», pensó. No había querido seguir en su pueblo, para continuar viviendo y había muerto cuando apenas había conocido la libertad.

De pronto, notó un roce en la pierna.

Se volvió. A un paso de distancia, una cabeza humana asomaba fuera del agua, con los ojos cerrados, a la vez que de su boca brotaban sonidos inarticulados.

Durrell lanzó un grito de alegría. Issya movía los brazos fuertemente, pero también con evidente torpeza. Estaba sujeta a una

especie de shock, por lo que no se había dado cuenta siquiera de su presencia. Durrell alargó una mano y la asió por los cabellos. Luego, sin soltar el flotador, la sujetó por la cintura, procurando que en todo momento estuviese su cabeza fuera del agua.

—Calma, muchacha, calma —dijo con voz persuasiva—. Estás a salvo, no temas nada... No te ahogará, calma, calma...

Sollozos y gemidos brotaban aún de los labios de Issya. Al cabo de unos minutos, sin embargo, consiguió tranquilizarse.

—No sé cómo he conseguido salvarme... —manifestó—. Sé que me hundí a gran profundidad... Me solté del flotador; el agua tenía una fuerza irresistible..., pero yo quería vivir y moví los brazos y las piernas...

Durrell se echó a reír. Sentíase de un magnífico humor, pese a lo crítico de su situación.

La salvación de Issya tenía una lógica explicación. Nunca había nadado, pero su vida se había desarrollado de un modo semisalvaje. Quizá una mujer más civilizada, pero que igualmente no supiera nadar, se habría ahogado irremisiblemente.

En Issya, el instinto de vivir había sido más poderoso que su ignorancia. Lo había dicho bien claro; había movido brazos y piernas, salvándose de la misma forma que los animales salvajes se salvan en circunstancias análogas, se dijo.

—Está bien, ya no hay motivos para sentir miedo. Nos hemos salvado, aunque, la verdad, nuestra situación no es buena. Carecemos de todo, ropa, víveres, armas, aunque, por fortuna, no nos pasará lo que podría\* ocurrirnos en un océano de mi planeta.

—¿Qué pasaría si estuviéramos allí? —preguntó ella.

—Moriríamos de sed. El agua es salada.

—Pero sin comida...

—El cuerpo humano aguanta mucho mejor la falta de comida que la de agua —dijo Durrell—. De todos modos, esta corriente ha de tener fin algún día, acaso en una costa...

La catarata estaba ya considerablemente alejada. Durrell tendió la mirada a su alrededor, tratando de ver alguna costa salvadora. Pero lo que vio, acercándose a toda velocidad, fue algo que le quitó el aliento.

—¡Gran Galaxia! —exclamó—. ¡Un barco!

\* \* \*

El buque, apreció Durrell, era metálico, de línea muy estilizada y con una superestructura que se elevaba a una veintena de metros sobre la línea de flotación.. Curiosamente, carecía de mástiles ni tampoco se apreciaban en él otros detalles sobresalientes, que una especie de torre de sección cuadrada, que se elevaba, hacia popa, a unos quince metros sobre la cubierta.

Aquella torre, pensó, debía de ser el puente de mando. En los costados se veían cuatro o cinco hileras de lucernas, de un metro de diámetro, dos de cuyas hileras aparecían abiertas, con las portas protectoras extendidas hacia fuera.

El barco se detuvo a poca distancia de los náufragos. Varios hombres se asomaron a la borda y lanzaron sendos cabos. Durrell taloneó para acercar el flotador al costado del barco. Luego ayudó a la muchacha a cogerse a una de las cuerdas, a continuación de lo cual, hizo lo mismo.

Instantes después, mojados, pero felices de saberse a salvo, pisaban la cubierta del buque. Durrell observó con curiosidad los extraños ropajes de sus salvadores, en los que apreció una cierta uniformidad. «Puede que se trate de un buque de guerra», pensó.

Un hombre se adelantó hacia ellos. Era joven, bien parecido y vestía una especie de coraza muy liviana, brillante y de color plateado. En el lado izquierdo de su cinturón llevaba lo que parecía la funda de una pistola de rara construcción.—Soy el teniente Squun, segundo comandante de este buque, cuyo nombre es el de Nigma III —se presentó—. ¿Quiénes sois vosotros?

El terrestre movió una mano.

—Issya —señaló hacia la muchacha—. Egon Durrell —se presentó a sí mismo.

—Os hemos visto caer por la catarata. Nunca habíamos contemplado nada semejante. Resulta casi increíble veros sanos y salvos —dijo Squun.

—Hemos tenido la fortuna de que el lecho del río, al pie de la catarata, sea muy profundo. De otro modo', nos habríamos destrozado contra las rocas.

—Comprendo. Pero venid; el capitán Wikor desea hablaros.

Durrell e Issya, mojados y cansados, pero satisfechos de tener los pies apoyados en algo sólido, siguieron al oficial. Instantes después, se encontraban en la plataforma superior de la torre.

El hombre que se hallaba en ella tenía la coraza de color dorado y contaba unos diez o doce años más que Squun. Era un tipo alto, de nariz aguileña y barba corta y cuadrada, aunque sin bigote.

„ —Señor, éstos son Egon Durrell e Issya —dijo Squun—. Él, capitán Wikor —se volvió hacia los náufragos.

—Gracias por habernos salvado, capitán —dijo Durrell.

Wikor hizo una mueca.

—Sólo un remero —rezongó.

Durrell frunció el ceño.

—¿Qué es lo que quiere decir, capitán? —preguntó.

Pero Wikor no contestó. Squun había subido al puente, acompañado de varios soldados, cuyas corazas eran de color rojo.

—Llévenlo al jefe de máquinas —ordenó.

Dos manos se posaron sobre los hombros del joven. Durrell se sacudió vigorosamente aquellas manos y gritó:

—¡Espere un momento, capitán! Creo que tenemos derecho a...

—¿Derecho? —bramó Wikor—. Un esclavo no tiene jamás ningún derecho. ¡Abajo con él!

Esta vez fueron cuatro los hombres que se lanzaron sobre Durrell. Al fin, la fuerza del número se impuso.

Y también el alevoso golpe con que un puño alcanzó su sien. Durrell sintió un fuerte vértigo y perdió las fuerzas en el acto. Vagamente oyó los chillidos de Issya, pero en aquellos momentos era absolutamente incapaz de mover un solo dedo para ayudar a la nativa.

Wikor contempló a Issya durante unos instantes y luego se acercó

a ella.

—Es muy hermosa —dijo—. Vestida adecuadamente, parecerá mil veces más bella de lo que es ahora. He tenido suerte, ¿verdad, teniente? —añadió, con acento que puso escalofríos en la espalda de Issya.

—Perdón, señor —dijo Squun.

—¿Sí, teniente?

—Lamento tener que contrariarle, pero, según las leyes, todo prisionero que no pueda ser destinado a las baterías de remeros, deberá ser entregado en Brydool, a fin de que la Señora adopte una decisión sobre su ulterior destino.

—Teniente, ésa es una ley evidentemente en plena vigencia, aunque escasamente aplicada en la realidad...

—Pero sigue siendo ley, señor.

Wikor frunció el ceño.

—Empiezo a pensar que hice un mal negocio al recomendarle para segundo de mi barco —dijo.

—Obedeceré sus órdenes, siempre que estén de acuerdo con las leyes —declaró Squun sin amilanarse.

Issya contemplaba la escena sin atreverse a intervenir. Pero las palabras de Wikor le habían hecho saber claramente cuál iba a ser su destino. La sola idea de tener que soportar las caricias de aquel hombre de lujoso uniforme se le hizo repentinamente insoportable.

Por un momento, temió un estallido de violencia. Pero, de súbito, Wikor pareció contenerse y se echó a reír.

—Está bien, teniente —dijo al cabo—. Encárguese de su alojamiento.

—Sí, señor. Ven conmigo, Issya.

La joven echó a andar detrás del oficial. Un segundo antes de abandonar el puente, se volvió.

Su presentimiento se había cumplido. Wikor tenía la vista fija en ella y su mirada no presagiaba nada bueno para el futuro.

De pronto, Durrell creyó hallarse en un mundo de pesadilla.

En todo lo que alcanzaba su vista, podía divisar una larguísima cámara, con bancos laterales, en cada uno de los cuales había dos o tres hombres, empuñando y manejando rítmicamente lo que parecían mangos de remos de enorme longitud. Al fondo, un enorme tambor, con dos mazos, movidos por un mecanismo oculto, marcaban con sus sonoros redobles el ritmo de las supuestas paladas de los remeros.

Las portas de aquel sollado, así como algunas escotillas en el techo, estaban abiertas, de modo que no faltaban la luz y el aire. El olor, pese a todo, era desagradable; era olor a sudor y suciedad de varios centenares de hombres, cuyos tobillos estaban sujetos por grilletes al suelo del sollado.

Un hombre enorme, de torso desnudo y cubierto de vello, apareció de repente en la entraba del departamento.

—Un nuevo remero, ¿eh? —dijo, con voz ridículamente aflautada.

—Sí, señor —contestó uno de los custodios de Durrell.

El gigante lanzó una mirada crítica a Durrell.

—Soy Tuhassis, jefe de máquinas —declaró—. Todo marchará bien para ti si obedeces puntualmente las órdenes que se te den. ¿Está claro?

Durrell apretó los labios, pero no dijo nada. Las protestas verbales sólo podían proporcionarle disgustos.

Tuhassis volvió la cabeza un instante.

—Ah, ahí veo un puesto para ti —exclamó—. ¡Orzhi! —gritó.

Un hombre apareció corriendo.

—Señor —dijo.

—Encárgate del nuevo remero —ordenó el jefe de máquinas.

—Sí, señor. Ven, tú.

Durrell echó a andar. El remero que estaba en el banco que iba a

ser el suyo a partir de aquel momento, había dejado de remar momentáneamente. Durrell se preguntaba cómo era posible que el barco se moviera por la fuerza de los remos, si no había visto ninguno que asomará por el exterior del casco.

Orzhi le hizo sentar en el banco.

—Alarga el pie —ordenó.

Durrell obedeció. Casi en el acto, oyó un seco chasquido y sintió en torno al tobillo el frío contacto de una argolla metálica.

—Hayart, enséñale el oficio —dijo Orzhi al incorporarse.

—Sí, señor—contestó el remero. Miró burlonamente a Durrell y añadió—: Bien venido a la nave de la muerte.

—¿Se llama así este barco? —preguntó Durrell, a la vez que ponía las manos en el mango del remo.

—No, ese nombre se lo hemos dado nosotros, porque ninguno de los que entra aquí como prisioneros vuelve a salir, si no es para ir a parar al agua.

Durrell se estremeció.

—Empecemos —dijo, pensando en que servir de pasto a los peces era un destino que no le agradaba en absoluto.

# CAPITULO V

El ritmo de las paladas era lento, nada trabajoso, y así lo hizo ver Durrell a su compañero de banco.

—Esperemos que no sea preciso combatir o dar caza a una nave enemiga —dijo Hayart.

—Entonces, es preciso aumentar la velocidad.

—Ahora damos unas doce paladas por minuto. Hay veces en que se necesitan treinta y hasta treinta y seis. Y te aseguro que Tuhassis y sus acólitos no son nada remisos en manejar el vergajo.

Durrell contempló las hileras de espaldas desnudas que tenía ante sí y que se curvaban y distendían regularmente. En aquel infernal trabajo había algo que no entendía.

—No hay remos —observó—. Entonces, ¿por qué bogamos?

—Se les llama remos por la fuerza de la costumbre —explicó Hayart—. En realidad, lo único que hacemos es mover una serie de engranajes, que actúan sobre una dínamo, la cual genera la electricidad suficiente para mover los motores que, transmiten luego su fuerza a las dos hélices del barco.. Sencillo, ¿no?

—Sobre todo, si se piensa en la baratura de esta energía —contestó Durrell. Bajó la voz—. ¿Qué hay de una evasión, Hayart?

El otro le miró de reojo.

—Estás loco —gruñó.

—¿No has pensado tú nunca en evadirte?

—Lo he pensado mil veces, pero, ¿adonde ir después, suponiendo que ese sueño disparatado pudiera hacerse realidad?

—¿Por qué estás aquí, Hayart?

—Maté a un hombre. Merodeaba en torno a mi esposa. Soy comerciante en Brydool y tenía un buen negocio. El tipo quería las dos cosas.

—La mujer y el negocio.

—Sí, pero Druthis me es fiel. Lo encontré un día, abrazándola, y

le metí en el estómago un palmo de buen acero. Pero resultó que el tipo era primo de la Señora y mis argumentos no sirvieron de nada ante los jueces que me juzgaron. Por contento puedo darme si salvé la vida.

—La Señora —repitió Durrell—. ¿Quién es?

—Se llama Helyne y es la Señora de nuestra ciudad-estado. La máxima autoridad, para que lo sepas. Traté de apelar a ella, pero alguien interceptó los documentos. Y aquí me tienes —murmuró Hayart melancólicamente.

—Hayart, tengo que dar con una idea que me permita escapar de aquí —dijo Durrell—. Pero antes me gustaría saber una cosa: ¿se trata de un buque de guerra?

—Sí, desde luego.

—No he visto cañones...

—Están ocultos bajo la cubierta superior, es decir, directamente sobre nosotros.

—¿Qué clase de proyectiles disparan?

—Bolas de metal de unos dos palmos de diámetro, con aire comprimido en su interior. Explotan al choque y causan grandes estragos. Debe de haber unos cuarenta cañones por banda. Su manejo es casi automático, de modo que no se necesita apenas personal artillero.

—Todo lo hacen desde el puente, ¿verdad?

—Casi todo —contestó Hayart.

Remaban sin parar, mientras conversaban en voz baja. Por el momento, pensó Durrell, no debía de haber ningún enemigo a la vista, a juzgar por la placidez de la vida a bordo en aquellos instantes. Pero, se preguntó desconcertado, ¿cómo era posible que unas gentes que conocían la electricidad como fuerza motriz, no hubiesen podido inventar un explosivo mejor que el aire comprimido para sus proyectiles esféricos?

Había tantas cosas que no entendía, suspiró para sí.

—De pronto, se dio cuenta de que había olvidado hacer una pregunta a su compañero de desgracia.

—Hayart, si esto es un buque de guerra, ¿con quién está Brydool en guerra?

—Hubbol es la otra ciudad-estado que disputa a Brydool su hegemonía en la región —contestó el interpelado—. Son las dos ciudades-estado más poderosas, pero ninguna de ellas es capaz de absorber a las restantes, mientras tenga un enemigo de tanta potencia como Hubbol lo es para Brydool y viceversa. El día en que Helyne, o su rival Maavea, Señora de Hubbol, consigan triunfar, se convertirán en dueñas de un vastísimo territorio, lleno de incalculables riquezas.

—Sí, siempre ha sido así, más o menos —convino el joven amargamente—. Pero, ¿cuál es tu opinión al respecto, Hayart?

—¿Mi opinión? Un galeote no tiene opinión, Egon Durrell. Lo único que se exige de él son un par de brazos, eso es todo.

Era una respuesta en la que se reflejaba la profunda desesperación que se había apoderado del ánimo de su compañero de banco, pensó Durrell.

—Los otros remeros —dijo, pasado un buen rato—, también lucharían por escapar de aquí, ¿no es cierto?

—De, aquí no sale nadie si no es para ser lanzado al agua —insistió Hayart.

\* \* \*

La cámara en que había sido encerrada Issya era pequeña, pero con un mínimo de comodidades. Un soldado le entregó ropas secas, que ella se puso de inmediato. Después, permaneció encerrada largas horas.

Al llegar la noche, le trajeron comida. Issya cenó con apetito, a pesar de las preocupaciones que sentía. Era preciso tener fuerzas para cuando llegase el momento de luchar.

Sí, tenía que luchar por sí misma y por Egon, prisionero en algún lugar de aquella enorme embarcación.

Egon le había salvado la vida y ella debía corresponder a cualquier precio.

Cansada por las emociones del día, se tendió a dormir. De pronto, sin saber exactamente el tiempo transcurrido, oyó que se abría la puerta.

Una luz se encendió en el techo. El rostro afilado del capitán Wikor apareció ante los ojos de Issya.

—Hola, hermosa —dijo Wikor—. ¿Te sientes bien?

Issya se puso en pie de un salto.

—Estoy bien —contestó secamente.

—Tanto mejor, porque...

—Capitán, deje a la prisionera.

La voz de Squun había sonado bruscamente en la entrada. Wikor, furioso, se revolvió velozmente.

—Maldito entrometido —exclamó, colérico.

—Salga, capitán.

—Squun, no me dé órdenes...

—¡Fuera, he dicho! —exclamó el segundo.

Un relámpago de ira brilló en los ojos de Wikor. Al mismo tiempo que lanzaba una sonora interjección, echaba mano a su pistola.

De repente, algo cayó sobre él. Un brazo rodeó su garganta con la potencia de un dogal de hierro. La esbeltez de Issya no excluía una fortaleza continuamente desarrollada por una vida en inacabable lucha con la naturaleza.

El arma estaba fuera de la funda. Con la otra mano, Issya la volvió contra el costado de su dueño. Squun, atónito, contemplaba la lucha, sin atreverse a tomar una decisión.

A fin de cuentas, Issya era una prisionera que atacaba a su superior. Pero, al mismo tiempo, le estaba salvando la vida.

De súbito, se oyó un fuerte chasquido.

El cuerpo de Wikor sufrió una fortísima convulsión. Sus ojos voltearon agónicamente.

Issya notó que Wikor desfallecía y lo soltó, pero apoderándose al mismo tiempo del arma que el dueño había disparado contra su

propio costado, aunque involuntariamente. Wikor acabó por caer, hecho un ovillo, agitándose con leves contracciones, hasta quedarse quieto. El arma se volvió entonces contra Squun. —Quiero que me conduzcas hasta donde está Durrell —dijo.

\* \* \*

Las luces de la cámara de boga estaban casi apagadas. El resplandor era mínimo. La mitad de los remeros dormían, mientras los otros enviaban su fuerza muscular a los generadores, con lentos movimientos, lo justo para evitar el paro del buque.

Los remeros dormían en los propios bancos, los cuales disponían de un respaldo que se tendía hacia atrás, formando así un lecho nada cómodo. Pero era mejor que dormir sentado, pensó Durrell, muy fatigado des pues de un día de dura boga, a la cual no estaba acostumbrado.

A medianoche, un hombre pasó entre los bancos, haciendo chasquear el látigo.

—¡Segundo turno! —anunció.

Hayart dormía pesadamente junto a Durrell y se despertó cuando éste le dio un codazo.

—Abre los ojos bien —dijo.

Hayart se despezó. Orzhi, el segundo jefe de máquinas, volvía después de haber llegado al final de los bancos. Durrell agitó el pie derecho y la cadena tintineó.

Orzhi oyó el sonido y se detuvo frente al joven.

—¿Qué sucede? —preguntó desabridamente—. ¿Por qué no remas?

—La cadena. Está a punto de romperse.

Orzhi frunció el ceño.

—Es muy sólida —dijo.

—Si yo estuviese en tu puesto, procuraría cerciorarme bien, no sea que algún prisionero intentase escapar —contestó Durrell.

Squun tragó saliva. —Lo haré —repuso, obediente.

Orzhi se sobresaltó. Dejó el látigo a un lado y, arrodillándose junto al joven, tiró de la cadena.

—Está bien —dijo.

Y ya no habló más, porque unos dedos de acero ciñeron su garganta con irresistible presión.

Orzhi se debatió, pero todo fue inútil. Junto a Durrell, Hayart contemplaba la operación con mirada expectante.

Algunos de los remeros se volvieron.

—Silencio —dijo Hayart imperativamente.

Los movimientos de Orzhi cesaron al cabo. Durrell se inclinó, registró sus ropas y se apoderó de la llave de los grilletes. Unos segundos más tarde, la argolla que sujetaba su tobillo quedaba abierta.

La llave pasó inmediatamente a manos de Hayart. Durrell se apoderó de la pistola de Orzhi.

—¿Cómo funciona este trasto? —preguntó, ya en pie.

—Aire comprimido... Ahora te enseñaré —respondió Hayart, a la vez que se incorporaba, libre de la cadena.

La llave pasó a otro de los remeros.

—Sin ruido —recomendó Durrell.

Uno a uno, los condenados se soltaban de sus grilletes. Con la pistola en la mano, cuyo manejo ya conocía, Durrell reunió a los más próximos.

—Ho sé qué pensaréis vosotros —dijo—. Personalmente, yo prefiero que me maten peleando, antes de vegetar aquí dándole al remo.

—Todos pensamos como tú —contestó uno—. Pero, ¿qué haremos después, cuando hayamos conseguido apoderarnos del barco?

—Podríamos dirigirnos a Hubbol —sugirió otro—. Maavea acogería de muy buena gana un barco de su enemigo.

—No es mala idea/ aunque yo, personalmente, tengo otros planes. —Durrell se volvió hacia Hayart—. Este barco, supongo,

dispondrá de botes salvavidas.

—Sí, claro...

—Es muy probable que yo me lleve uno. Lo que hagáis después con el barco, será cuenta vuestra.

De repente, un hombre apareció por la puerta de la cámara de boga.

Era el gigantesco Tuhassis, quien, de un solo vistazo, apreció la situación.

La mayoría de los remeros estaban libres. De algún modo, habían conseguido soltarse de sus grilletes.

Un grito de cólera brotó de sus labios.

—¡Ah, perros...!

Y empezó a sacar el arma,

Durrell fue más rápido. Disparó casi sin apuntar. El pesado proyectil, de dos centímetros de calibre, fue a hundirse en el centro del enorme tórax del jefe de máquinas.

Tuhassis lanzó un ronco aullido y se desplomó al suelo, perneando frenéticamente. Varios de los remeros, furiosos por los malos tratos de que habían sido objeto casi continuamente, saltaron hacia él y lo patearon salvajemente.

—Los soldados se van a despertar —temió Hayart.

Durrell se lanzó hacia la salida. Cuando ya llegaba a la puerta, vio aparecer a Squun.

El oficial tenía las manos levantadas. Issya estaba tras él, con un arma en la mano.

—¡Issya! —gritó Durrell

—Egon —contestó ella—, Wikor ha muerto y Squun es mi prisionero.

Se oyó un clamoreo de alegría. Alguien quiso atacar a Squun, pero Durrell se interpuso.

—¡Quietos todos! —gritó—. Este hombre es mi prisionero personal y aquel que Intente hacerle daño, tendrá que vérselas

conmigo.

Los gritos de cólera se calmaban en buena parte. Cuando hubo conseguido restablecer el orden, Durrell se volvió hacia Squun.

—¿Hay altavoces en el barco? —preguntó.

Squun hizo un gesto significativo.

—Es todo lo que quería saber —dijo el joven.

\* \* \*

Los soldados eran ahora prisioneros y la nave se dirigía a Hubbol, pero a Durrell ello le tenía sin cuidado.

Estaba en la cámara que había sido de Wikor, cuya muerte, no lamentaba en absoluto. Squun, aunque convenientemente vigilado, gobernaría el barco. Ahora, en pie, se hallaba frente a Durrell, momentáneamente dueño del buque.

—¿Has oído hablar del Fuego Frío? —preguntó.

—Muy vagamente. Tengo idea de que está al otro lado del Bosque Viviente, pero eso es todo lo que puedo decirte.,

Hayart entró en aquel momento.

—El bote está listo, con provisiones suficientes para tres personas durante un mes —anunció.

Durrell respingó.

—Sólo viajaremos Issya y yo —dijo.

Hayart sonrió.

—No pienso quedarme en el barco y luego te explicaré los motivos —manífestó—. Además, te conviene la compañía de un nativo.

—Puede que tengas razón —convino Durrell—. Issya, ¿tienes algo que alegar en -contra?

—No —contestó la muchacha—. Me agrada que Hayart venga con nosotros.

—Entonces, no se hable más. Hayart, tú eres del país. ¿Qué es el Bosque Viviente?

El rostro de Hayart expresó un vivo terror.

—Supongo que no intentarás dirigirte allí —exclamó.

—Tengo que ir, no me queda otro remedio —dijo Durrell—. Pero, claro está, no voy a pedirte que me acompañes. Ni a Issya tampoco...

—Adonde tú vayas, iré yo —le interrumpió la nativa.

Hayart suspiró.

—Puede, que también yo te acompañe, Egon; pero no será antes de que haya hecho algo que considero ineludible. Squun, sal —ordenó.

El segundo obedeció. Durrell e Issya aguardaron a quedar solos con Hayart.

—No quise decirlo antes —manifestó el nativo—. En realidad, las provisiones que he puesto en el bote son para cuatro personas.

—Pero, ¿quién será el cuarto viajero? —preguntó Durrell, intrigado.

—Druthis, mi mujer.

# CAPITULO VI

Alboreaba ya, cuando el bote se separó navío, que continuó su marcha, propulsado por los generadores que ahora recibían su fuerza de los Soldados prisioneros. El bote, una embarcación de seis metros de eslora, era movido por un motorcito, accionado de la misma forma que el buque, aunque en este caso, era un sistema de pedales el que accionaba la dínamo, con la ayuda de un sistema multiplicador de engranajes, hábilmente diseñado y mejor construido.

Durrell y Hayart se aplicaron a la tarea. En pocos momentos, el bote alcanzó una velocidad de treinta kilómetros a la hora.

Hayart tenía en la mano un mapa, ya que podía mover los pies sin necesidad de emplear las manos para apoyarse en algún sitio.

—Ahora vamos a favor de la corriente —explicó—. El medio sobre el que nos movemos es el que nosotros llamamos río Máximo y que, en realidad podría llamarse mejor océano, debido a sus colosales dimensiones. La tierra firme, que es donde están asentadas las ciudades, lo divide en dos brazos, cada uno de los cuales tiene un par de cientos de kilómetros de anchura. Esos brazos, a unos mil kilómetros, se vuelven a juntar, formando un inmenso mar, que ocupa la mayor parte de la zona tropical. El río nace en las regiones polares, por fusión de las nieves, cuya extensión y densidad es incalculable. Pero me parece que algo de esto pudiste ver a tu llegada a Swótari, ¿no es así, Egon?

Durrell asintió.

—Sigue, lo que dices es muy interesante —aseguró.

—Bueno, en la zona tropical, la evaporación es muy intensa y se forman nubes que, en general, derivan hacia el Norte, aunque, debido al movimiento de rotación de Swótari siguen una trayectoria un tanto oblicua. Las nubes llevan agua en su seno ; cuando, llegan a regiones frías llueve o nieva y...

—Sí, él ciclo conocido —sonrió Durrell—. Pero, ¿a qué distancia estamos de la costa? Aún no veo la menor señal de tierra firme, Hayart.

—Tardaremos casi un día. Además, no vamos directos a Brydool, sino a una pequeña aldea llamada Abrool. Mi esposa nació en Abrool

y todavía tiene parientes, que nos darán alojamiento, hasta que ella consiga reunirse conmigo.

—Entonces, por eso callaste delante de Squun —terció Issya.

—Sí —confirmó Hayart—. Squun es buena persona, pero no debemos olvidar que es un oficial de Helyne. Puede que no apruebe los malos tratos a los condenados, en realidad, él nos suavizaba mucho, la vida a bordo ; pero eso no obsta para que considere que yo soy un asesino, digno de remar hasta que muera.

—Estamos en las mismas condiciones —murmuró Durrell—. Yo también hube de emigrar de mi planeta, por haber dado muerte a un hombre.

Hayart se volvió hacia su compañero de boga.

—Estoy seguro de que fue un acto de justicia —dijo.

—Algunos lo vieron de otro modo —contestó Durrell, ceñudo—. Pero, precisamente por librarme de la condena, estoy buscando el Fuego Frío.

—He oído hablar de esa sustancia —dijo Hayart—. Sin embargo, no sé de nadie que la haya conseguido.

—Yo lo intentaré, hasta los límites de lo imposible.

—¿Y si no lo consigues?

Durrell hizo una mueca.

—Entonces, tendré que quedarme en Swótari para siempre —respondió.

Hayart miró de soslayo a Issya.

—Quizá no sea una cosa tan lamentable como piensas —dijo.

Durrell no hizo caso del comentario. Toda su atención estaba centrada en el problema principal que ocupaba su mente casi por completo.

—Hayart, ¿qué es el Bosque Viviente? —preguntó—. Sé que te impresionó mucho cuando lo mencioné por primera vez...

—Es cierto —dijo Hayart—. Nunca he estado allí, pero se le llama así, porque todo vive: plantas y animales. Y todo mata: lo mismo las plantas que los animales.

Durrell sintió un escalofrío al oír aquella respuesta. —A pesar de todo, si para conseguir el Fuego Frío tengo que atravesar el Bosque Viviente, lo atravesaré —dijo, resuelto.

\* \* \*

Los parientes de Hayart les acogieron con discreto alborozo, pero enormemente satisfechos de acoger a un familiar que había conseguido librarse de un horrible destino. Un primo del comerciante partió inmediatamente para Brydool, con objeto de avisar a la mujer de Hayart.

Aquella noche, se celebró una pequeña fiesta en casa de los parientes de Hayart. Al finalizar, una mujer dio a Durrell y a Issya sendas copas de un vino dulce y espeso, de muy agradable sabor. La mujer dijo que todas las noches tomaban en la casa una copa de aquel vino.

Durrell le preguntó por los motivos de aquel singular rito.

—Nos hace dormir —fue la escueta respuesta que recibió.

Durrell bebió el vino y, efectivamente, durmió toda la noche de un tirón, sin que, al despertar, notase efectos perniciosos del narcótico que, sin duda, contenía aquel delicioso vino. Pero lo sucedido llevó a su mente una idea, que pensó podría dar resultados satisfactorios.

Ayudado por Hayart, construyó un rústico alambique, con el que destiló cierta cantidad de vino, obteniendo un líquido muy espeso, oscuro, de consistencia siruposa. Igualmente se fabricó un sencillo pulverizador, después de lo cual mezcló una cucharada del jarabe con un par de litros de agua. A continuación, lanzó un par de chorros de líquido pulverizado a las fosas nasales de un animal parecido a un cordero terrestre y que iba a ser sacrificado para la comida de la noche.

La bestia se durmió en segundos. Hayart había seguido el proceso de fabricación del jarabe con toda atención; sin comprender en absoluto su destino, pero cuando vio que el animal entraba en el sueño casi instantáneamente, no se pudo contener más y preguntó a Durrell cuál era el objeto de fabricar aquel extraño jarabe.

—No sólo tendremos que hacer un pulverizador mucho mayor,

sino también más jarabe—contestó Durrell.

—Pero, ¿para qué?

—Necesitamos que el Bosque Viviente se convierta en el Bosque Durmiente —dijo el joven, a la vez que guiñaba el ojo a su amigo.

Hayart abrió una boca de palmo. Issya rió de la cara de sorpresa que ponía el comerciante. Pero antes de que pudieran seguir comentando el asunto, se oyó un agudo grito:

—¡Druthis! ¡Ha llegado Druthis!

Hayart giró en redondo y abandonó a sus amigos, para correr al encuentro de su esposa. Durrell e Issya presenciaron la efusiva reunión de dos personas que se amaban entrañablemente y a quienes una cruel condena había separado de un modo brutal.

Había lágrimas todavía en los ojos de Druthis, cuando tendió la mano a Durrell.

—Nunca podré agradecerte bastante el haberme devuelto a mi esposo —dijo.

—A decir verdad, fue un placer hacerlo —rió Durrell—. Valía la pena intentar escapar de aquel barco, sólo por ver la cara que ponían algunos que no tenían que deslomarse remando.

Hayart tenía el brazo sobre los hombros de su mujer.

—Egon, Druthis y yo iremos con vosotros a buscar el Fuego Frío —manifestó—. Hemos oído hablar mucho de esa sustancia, pero nadie la ha visto ni probado jamás. Por ahora, nos es imposible volver a Brydool, de modo que lo mejor que podemos hacer es ayudarte a conseguir lo que tanto deseas.

—Si fuese para mí, no me molestaría en absoluto. Pero lo quiero para un hombre al que aprecio sinceramente —respondió Durrell, mientras pensaba en Martin Kalazoo.

—El viaje será largo y peligroso —dijo Hayart—. Hemos de prepararnos adecuadamente. Lo peor de todo, sin embargo, es la travesía del Bosque Viviente. ¿Crees que podrás solucionar ese problema con tu invento?

—Estoy seguro, aunque hemos de preparar por lo menos otro pulverizador y llevar una abundante provisión del jarabe narcótico. Hayart, ¿estamos seguros aquí? ¿No recibirá Helyne información de

nuestra presencia en Adrool?

Hayart movió la cabeza negativamente.

—Nadie nos delatará —contestó con rotundo acento

\* \* \*

El viaje se realizaría forzosamente a pie y los preparativos les consumieron quince días más. Durrell quería evitar el fracaso por falta de imprevisión y así preparó víveres en abundancia, que serían transportados a lomos de varios animales de carga, muy semejantes a los caballos terrestres. Asimismo habían elaborado una buena cantidad de jarabe narcótico.

Las pruebas que realizó le dieron como resultado averiguar que una cucharada de aquel jarabe, disuelta en unos cinco litros de agua, proporcionaba un líquido de alto poder adormecedor. Un par de chorros del líquido pulverizador eran suficientes para dormir a un caballo durante varias horas, y ello de un modo casi instantáneo.

Durrell calculó que el alcohol, contenido en moderada cantidad en aquel vino, anulaba la mayor parte de las propiedades narcóticas de la sustancia que formaba ya parte de la propia naturaleza del vino. Al destilar éste, con el alambique, el alcohol se evaporaba y, puesto que no lo recuperaban, el alcaloide narcótico quedaba prácticamente en estado de pureza.

Debía de ser, pensó, una sustancia propia de las vides que se cultivaban en aquellos parajes. Sus habitantes, sin embargo, no ofrecían síntomas de que el vino narcótico dañara sus organismos o sus mentes, máxime cuando la cantidad ingerida por las noches era ínfima. Por otra parte, tampoco el narcótico creaba hábito, puesto que, según le relató Hayart, en sus viajes no solían beber de aquel vino y, sin embargo, podían conciliar el sueño sin dificultad.

El Bosque Viviente estaba a unas cinco jornadas a pie. No obstante, había una ancha faja desierta que, de acuerdo con los toscos mapas que Durrell pudo examinar, medía unos sesenta kilómetros de anchura por una longitud que no se podía calcular, al menos con los limitados medios de que se disponía. Hasta el borde de la zona desierta había tres jornadas de marcha y allí terminaban las tierras cultivadas. Nadie se atrevía a ir más lejos, por temor a los seres que

poblaban el Bosque Viviente, del cual todo el mundo hablaba con el más absoluto terror.

La víspera del día señalado para la partida, revisaron todo el equipaje y se dispusieron a un merecido descanso, a fin de reponer las fuerzas que habrían de necesitar a partir de entonces. Issya también había trabajado con ahínco y no había regateado esfuerzo alguno. En Adrool le habían facilitado ropas nuevas, de corte sencillo, que la habían convertido en una mujer de enormes atractivos físicos.

La muchacha se sentía encantada con su nueva existencia.

—A pesar de los peligros —dijo Durrell, cuando, después de cenar, salieron a dar un corto paseo para estirar las piernas.

—¿Peligros? —rió ella—. ¡Cómo se ve que no conoces la vida en el País del Frío! Los peligros que he de afrontar, ¿son menores que vivir junto a un hombre como Kundro, en un mundo donde jamás se ve el sol y donde, siempre, siempre, de día y de noche, es preciso vivir embutidos en pieles? Egon, te lo juro, por nada del mundo querría volver a mi país nuevamente.

—Me alegra oírte hablar así—dijo Durrell, una fracción de segundo antes de que, inopinadamente, surgieran varias sombras de la oscuridad inmediata y se arrojaran sobre ellos.

Dos pistolas de frío cañón se apoyaron en el acto sobre las frentes de la pareja.

—Ni una voz, ni un solo grito o moriréis —dijo el hombre que parecía dirigir el asalto, vestido de negro de pies a cabeza e incluso con el rostro cubierto por una máscara del mismo color.

Durrell y la muchacha se quedaron paralizados por el asombro, más todavía que por el temor. Los atacantes, obrando sin duda a impulsos, de un plan bien trazado de antemano, amordazaron a los dos jóvenes y les ataron las manos a la espalda.

Luego, el hombre que parecía mandar la cuadrilla movió una mano. Ocho pares de manos alzaron en vilo a los prisioneros, cada uno de los cuales estaba sostenido por cuatro hombres. Los asaltantes echaron a correr inmediatamente, en medio de un absoluto silencio, sin que ninguno de los habitantes de Abrool se hubiera apercebido de lo que acababa de suceder.

Los secuestradores, apreció Durrell, eran hombres fuertes, de gran robustez e innegable agilidad. Cargados con sus respectivas presas,

corrieron durante una hora larga, sin detenerse en absoluto. Durrell, sin embargo, no tenía los ojos vendados y podía apercibirse de los detalles de los parajes que recorrían en su veloz marcha.

Al fin, los secuestradores iniciaron el descenso de una larga pendiente, que acababa en las aguas del río Máximo. La luz de las estrellas era suficiente para ver algunas cosas, aparte que, de súbito, se encendieron algunas lámparas eléctricas que disiparon en buena parte las tinieblas.

Entonces, Durrell, atónito, contempló algo que jamás habría soñado en ver en aquellos lugares.

Evidentemente, se trataba de una máquina muy antigua y ya en desuso, no sólo en la Tierra, sino también en Ritt-o-Mon. Pero allí parecía hallarse en perfecto estado de funcionamiento.

Sí, era un hidroavión, con sus alas, flotadores, hélices y timones, y una enorme cabina con capacidad, juzgó Durrell, para medio centenar de personas. El aparato se balanceaba ligeramente en la pequeña bahía y sus, pilotos sólo aguardaban la llegada de los secuestradores, con sus prisioneros.

El aparato emprendió el vuelo a los pocos minutos. Durrell comprobó asombrado, que los motores no hacían el menor ruido, salvo el inevitable siseo de las hélices al girar y el silbido del aire, hendido por las alas, durante el vuelo. Debían de ser eléctricos, pensó; pero la curiosidad cedió paso bien pronto a la incertidumbre.

¿Adónde iban? ¿Qué iba a ser de ellos?

## CAPITULO VII

Los secuestradores quitaron las mordazas y cortaron las ligaduras de los prisioneros. Durrell e Issya se hallaban en una vasta estancia, con las paredes cubiertas de espesas telas de color rojo oscuro y alumbrada por cuatro enormes globos de cristal, sostenidos por sendas columnas de tres metros de altura y de artístico trazado. Hasta aquel momento, Durrell no había conseguido averiguar el destino de su viaje tan imprevisto, como tampoco los motivos del rapto.

Amargamente, se preguntó, dado el lujo que veía a su alrededor, si Hayart no había sido demasiado optimista al confiar en sus parientes. Alguno de ellos, quizá, se había ido de la lengua, con el resultado de que Helyne, la Señora de Brydool, había enviado a soldados su confianza para apresarlos. Abrool caía fuera de su señorío y de ahí el secuestro, a fin de evitarse complicaciones con sus vecinos.

De pronto, el jefe de los secuestradores, rompió el silencio por primera vez en muchas horas:

—Dispensad si os hemos causado algún daño —se excusó—. Pero creíamos que era la mejor manera de traerlos aquí, sin que nadie lo supiera. —¿Dónde estamos? —preguntó Durrell. —En Hubbol, exactamente en la residencia de la Señora. Mi nombre es Shirdios y soy capitán de su guardia. Deseo que sepáis que no se os va a causar el menor daño, incluso en el caso de que no quisierais aceptar la proposición que la Señora tiene que haceros. Durrell frunció el ceño.

—Si esto fuera Brudool, diría que no en el acto, cualquiera que sea lo que fueran a pedirme —contestó—. Shirdios, ¿de qué se trata?

—Ella misma os lo dirá —contestó el capitán.

Durrell se volvió hacia la muchacha. Issya le dirigió una cálida sonrisa.

—Parece que no hemos tenido mala suerte, después de todo —dijo.

De súbito, la cortina que había frente al lugar en que se hallaban, se descorrió a ambos lados. Una especie de trono, no lujoso, pero sí de artístico diseño, apareció ante los ojos de Durrell e Issya.

Sentada en aquel trono, había una mujer joven, muy hermosa, de formas esculturales, vestida con un ceñido traje negro, que dejaba al

descubierto los hombros y los brazos. El pelo era negro, muy brillante, y la piel de color completamente blanco. Durrell observó que los pómulos de la joven eran más salientes de lo ordinario.

¿O acaso tenía las mejillas hundidas?

El vestido dejaba los costados también al descubierto. Al respirar, Durrell pudo ver cómo se marcaban las costillas de la joven.

—Soy Maavea —se presentó—. Shirdios, veo que has cumplido satisfactoriamente mi orden.

Shirdios se inclinó profundamente.

—Haría cualquier cosa por salvar tu vida, Señora —manifestó.

La mirada de Maavea se posó en el rostro de Durrell.

—He oído hablar de ti. Sé que buscas el Fuego Frío, la medicina que puede curar la enfermedad que padezco y para la cual, hasta ahora, no se ha descubierto remedio alguno. Tráeme esa medicina, cúrame y podrás pedirme incluso mi Señorío completo —dijo.

—Señora, todavía no conozco tu enfermedad, ni sé siquiera si el Fuego Frío podrá curarla, ni menos aún conozco el lugar donde puede estar ese Fuego Frío. Pero puesto que no somos enemigos, creo que no deberías recurrir a estos procedimientos para hacerme esta petición —dijo Durrell.

—Era la única forma de traerte aquí, sin que ella lo supiera —Contestó Maavea.

—¿Ella? —repitió Durrell, extrañado.

—Helyne.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Shirdios y yo sospechamos que es Helyne la que ha hecho que contrajese la enfermedad, que es incurable, salvo con. el Fuego Frío, repito. Pero no tenemos pruebas que permitan confirmar esas sospechas.

Durrell dio un paso hacia delante.

—Permíteme, Señora —dijo.

Ella hizo un gesto de aquiescencia. Al atravesar la zona delimitada por las cortinas, Durrell captó con la mirada una puerta

situada a su izquierda. Debía de dar, a las habitaciones privadas de Maavea.

—Issya —dijo—, acerca una de las columnas de luz.

La muchacha obedeció. Shirdios se quedó pasmado al ver la relativa facilidad con que Issya movía una de aquellas pesadas columnas.

Durrell se inclinó sobre Maavea.

—Tengo algunos conocimientos de medicina —dijo.

—Eso no lo sabía yo —exclamó la joven, sorprendida.

—No es algo que vaya divulgando por ahí —sonrió Durrell.

En realidad, era médico, aunque en muy contadas ocasiones había ejercido la profesión.

Durrell auscultó a la joven y le tomó el pulso y el número de respiraciones, examinando asimismo la lengua y las pupilas. Sí, Maavea parecía víctima de una intoxicación, aunque no podía afirmar, de momento qué sustancia era la que producía el gradual decaimiento de sus fuerzas.

—Tendría que hacer unos exámenes más completos, aparte de algunos análisis —dijo al cabo—. Pero quizá pueda curarte sin necesidad de recurrir al Fuego Frío.

Maavea se irguió bruscamente en su asiento.

—¿Hablas en serio? —exclamó.

Durrell alzó la voz.

—Creo que me he equivocado, Señora; estás condenada a muerte de una manera irremisible —dijo casi a gritos.

Ella le miró atónita. Issya y Shirdios no se sentían menos asombrados de la incongruente conducta de Durrell.

De súbito, Durrell saltó hacia su izquierda y abrió la puerta de golpe. Un hombre, todavía encorvado, empezó a levantarse, con la estupefacción pintada en su rostro.

—¡Doctor Kuxl! —gritó Maavea.

—¿Es éste tu médico, Señora? —preguntó Durrell.

—Sí, aunque no sé qué hacía aquí a estas horas...

Durrell lanzó una risita sarcástica.

—Pregúntale por qué te envenena lentamente —dijo.

Maavea abrió la boca, aturdida por la comprensión de los acontecimientos. De repente, Kuxl lanzó un rugido, a la vez que extraía un agudo puñal del interior de sus ropas.

Shirdios se movió con mayor rapidez. La pistola de aire comprimido chasqueó y el proyectil de veinte milímetros hizo saltar en repugnantes pedazos un cráneo humano.

Maavea, asustada, abandonó su asiento de un salto. Durrell la sostuvo con sus fuertes brazos, mientras Shirdios se inclinaba sobre el caído, prácticamente decapitado por la bala.

—Era la prueba que nos faltaba —dijo, al incorporarse.

Durrell hizo que Maavea pasara a los brazos de su ardiente defensor.

—Shirdios, encontrar a los cómplices de Kuxl es cosa tuya —dijo.

El oficial hizo un gesto de asentimiento.

—Y cosa tuya es curar a mi Señora —indicó firmemente.

—Creo que podré conseguirlo —dijo Durrell.

\* \* \*

Algunos días más tarde, Durrell e Issya, sentados en una fresca galería, contemplaban el fascinante paisaje de la bahía que se extendía a sus pies. Hubbol era una ciudad grande, de calles bien trazadas y edificios sencillos, pero elegantes. El puerto parecía muy activo y las naves de todo porte entraban y salían continuamente.—Me gustaría vivir aquí —dijo Issya ensoñadora- mente.

—Puedes hacerlo. Estoy seguro de que Maavea te concedería la ciudadanía hubbolita sin vacilar.

—Pero es preciso, encontrar el Fuego Frío.

—Yo soy el que tiene que buscarlo...

—Y yo iré contigo, Egon.

Durrell miró sonriendo a la muchacha.

—Soy un loco —dijo—. Debería decirte que no, pero me costaría mucho acostumbrarme a tu ausencia.

—Puedo serte muy útil. Soy fuerte y mañosa. Modestia aparte, te hace falta un acompañante de mis cualidades. Hayart y su esposa vendrán también, pero ellos, aunque son unas excelentes personas, lo hacen más bien por interés comercial que por otra cosa.

—Espero que hayan recibido ya nuestro mensaje, anunciándoles el retraso en el viaje. Pero es que no quiero marcharme, sin antes estar seguro de la curación de Maavea.

—Aún no he podido saber cómo se enteraron de que estábamos en Abrool, Egon —dijo ella.

—Es bien sencillo. Hayart había mencionado más de una vez a su esposa y el lugar de su nacimiento. Los demás remeros liberados se dirigieron aquí, donde estaban seguros de ser bien recibidos. Fueron interrogados... y mi nombre y mis proyectos salieron a relucir. Entonces, para guardar el secreto, Maavea destacó a un hombre fiel, sin que, incluso, lo supiera el doctor Kuxl, del cual ya recelaban.

—Kuxl actuaba por orden de Helyne.

—Sí. Era uno de los medios que Helyne quiso poner en juego para conseguir el Señorío de Hubbol. Eliminada Maavea, a Kuxl y los demás conspiradores, les habría sido facilísimo apoderarse de la ciudad. Pero esos conspiradores han sido descubiertos ya, por lo que su plan puede considerarse como fracasado.

Maavea, apoyada en el brazo de Shirdios, entró de repente en la galería. El aspecto de la joven era mucho mejor; había desaparecido la demacración de su rostro y hasta había un poco de color en sus mejillas. En una semana, el cambio había sido radical, lo que dijo a Durrell que su tratamiento era acertado.

—Tengo malas noticias —dijo la joven sin más preámbulos.

—Helyne sabe ya que podrás curarte —adivinó Durrell.

—Es seguro, porque sabemos que toda su flota se dirige hacia Hubbol, con el pretexto, lógico por otra parte, de recobrar la nave que

sé entregó voluntariamente. Pero tenemos la seguridad de que intentarán lanzar un ataque a fondo.

Durrell se había puesto en pie.

—¿De cuántas naves se compone la flota de Helyne? —preguntó.

—Dieciocho. En total, seiscientas piezas —respondió Shirdios—. Nosotros sólo tenemos once naves y son de menores dimensiones. Incluyendo los cañones de las baterías del puerto, disponemos solamente de trescientas dieciséis piezas.

—La mitad —murmuró Durrell pensativamente—. ¿Qué tiempo tardarán en avistar Hubbol?

—Tres o cuatro días. Helyne puede permitirse el lujo de perder diez naves; en las ocho restantes, habrá suficientes guerreros para tomar al asaltó la ciudad y pasar a cuchillo a todos sus habitantes.

—Esos barcos son muy grandes. Hay cuatrocientos remeros y pueden transportar, calculo, dos mil soldados cada uno...

—En circunstancias excepcionales, hasta tres mil. Eso significa que, al menos veinticuatro o veinticinco mil estarán listos para el desembarco, aunque los otros buques estén hundidos ya. Pero seguramente, no navegarán en ellos más que el personal indispensable, a fin de atraer nuestros disparos y hacernos consumir municiones en balde.

—Estás bien informado, Shirdios—dijo Durrell, admirado.

—Hace tiempo que conocemos ya el plan de ataque de Helyne, aunque no tanto que hayamos podido preparar un contragolpe eficaz. De haber dispuesto de más tiempo, habríamos construido más barcos y cañones...

—Eso no hubiera servido de gran cosa. No es por alabarme, pero creo que yo tengo algo mejor que los barcos de Helyne.—¿Algún plan de contraataque? —preguntó Maavea.

Durrell sonrió.

—En cierto modo —contestó—. Issya, quédate con la Señora. Tú, Shirdios, ¿quieres acompañarme?

—Con mucho gusto —accedió el nombrado.

Un cuarto de hora más tarde, se hallaban en el borde del pequeño

muelle, situado en el lago interior, sobró cuyas aguas flotaba el hidroavion que les había llevado hasta aquella ciudad. Durrell quiso conocer detalles sobre el aparato volador.

—Lo construyó uno de nuestros ingenieros, basándose en los dibujos y planos hallados en un libro que encontr  en la biblioteca de una astronave que llegó aquí hace algunos años. La máquina le agradó y empezó a trabajar por sí mismo, hasta terminarla satisfactoriamente. Pronto construir  más...

—El hidroavion es algo nuevo en Hubbol,  no es así?

—Y en todo Swótari. Pero, por lo visto, los tripulantes de aquella nave juzgaron qué no éramos lo suficientemente civilizados como para entablar relaciones con nosotros y no han vuelto ya más a este planeta.

— C mo se llamaba la nave?  Lo recuerdas?

Shirdios lo dijo. Durrell movió la cabeza pensativamente.

—Creo que ahora veo un poco más claro —musitó.

— C mo?—preguntó el otro.

—No te preocupes, hablaba para mí. Shirdios,  cu ntos hombres puede transportar ese hidroavion?

—Oh, cincuenta, además de los pilotos...

«Unas tres toneladas, quizá cuatro», pens  Durrell.

—Explícame ahora él funcionamiento de los proyectiles de artillería—pidió.

—Es bien sencillo. Son esferas huecas de metal, que contienen aire comprimido a gran presión. Explotan al impacto, simplemente, pero su alcance no es excesivo. Unos dos kilómetros y medio y entonces la puntería deja mucho que desear.— Pero los efectos son terriblemente destructores.

Durrell contempló durante unos segundos el hidroavion.

—Tienes que presentarme al constructor de esa máquina —dijo—. Debe hacer en ella algunas modificaciones.

— Para qué? —preguntó Shirdios, asombrado.

—Y también es preciso buscar a todos los remeros que se

evadieron con nosotros. Alguno de ellos debe de saber dónde para una llave, que es preciso copiar miles de veces. Anda, vamos, nos esperan unos días de mucho trabajo, tanto, que me parece que no vamos a poder pegar ojo siquiera por las noches.

Shirdios no comprendía en absoluto las intenciones de su acompañante, pero después de lo que había visto y oído sobre él, sabía que era capaz de cualquier cosa. Tranquilo, confiando en el futuro, caminó a su lado, dispuesto a ayudarle para conseguir la victoria.

En cuanto a Durrell, cada vez estaba más convencido de que los motivos de su estancia en Swótari se debían a una inicua conspiración a cuyos autores esperaba castigar adecuadamente algún día.

## CAPITULO VIII

Los vigías anunciaron la presencia de la flota enemiga en el horizonte.

Por consejo de Durrell, los buques de Maavea permanecieron anclados en lo más profundo de la bahía. El hidroavión reposaba en el lago interior, cuyas aguas, elevadas por medio de poderosas bombas, servían para la irrigación de las tierras situadas a mayor nivel que el del río Máximo.

Los buques enemigos se acercaban con notable rapidez. Durrell comprobó que los informes de Shirdios eran fidedignos. La formación de la flota atacante correspondía en un todo al plan ya conocido.

Diez buques navegaban en hilera, delante de otros ocho, situados a unos quinientos metros más atrás. Los primeros serían el cebo para la artillería de Hubbol.

Durrell no quiso perder más tiempo y embarcó en el hidroavión, junto con Shirdios, los pilotos y algunos ayudantes. En el interior del fuselaje se habían construido diversos estantes, repletos de bombas esféricas. Además, había también numerosas bolsas de tela muy fina, llenas de algo que Durrell estimó podía ayudarles en gran manera a conseguir la victoria.

El aparato despegó a los pocos momentos. Durrell estaba en la cabina, junto a los pilotos. Dado lo silencioso de los motores, sabía que podría dar las órdenes para el combate de viva voz.

Durrell hizo que los pilotos volaran bajo y a la mínima velocidad de sustentación. Diez minutos más tarde, el aparato sobrevolaba uno de los buques, a menos de cincuenta metros de altura.

La cabina, amplia, con visibilidad absoluta, les permitió captar los gestos de asombro de los escasos tripulantes que había sobre la cubierta. Durrell sabía que había largas escotillas abiertas, a fin de permitir una mejor aireación de la cámara de boga. Cuando enfilaban el barco, dio una orden y el primer saquete cayó sobre el barco, atravesó la escotilla y se rompió en mil pedazos en el suelo de la cámara de los remeros.

Un centenar de llaves, absolutamente idénticas, se esparcieron por el suelo. Los condenados, aullando como fieras, se apresuraron a

soltar sus grilletes. Algunos guardias consiguieron hacer varios disparos mortales, antes de ser reducidos a pulpa.

El hidroavión evolucionó para lanzar el segundo saco repleto de llaves. Todavía no había llegado el momento de atacar a los auténticos navíos de combate.

Minutos más tarde, diez barcos se detenían, ante el asombro de los comandantes de los otros buques. Durrell pudo ver a una hermosa mujer, de pie en la torre de mando del que parecía barco insignia, contemplando el desarrollo de la batalla con ojos llenos de inquietud.

Entonces, la primera bomba cayó de las alturas, chocó contra el agua, a pocos pasos del casco de un barco, y explotó fragorosamente.

Una enorme vía de agua se abrió inmediatamente en el casco. Durrell sonrió muy satisfecho.

—Si esos barcos quieren correr, no pueden tener un casco demasiado resistente —dijo.

En las filas atacantes había un enorme desconcierto. Habían esperado cualquier cosa, menos ser atacados desde el aire. El hidroavión era algo enteramente nuevo para todos ellos, incluida la belicosa Helyne.

Los buques de combate empezaron a hundirse. La gente, enloquecida, se apelotonaba en torno a los botes de salvamento. Desde la costa, miles de espectadores contemplaban la batalla y gritaban jubilosamente cada vez que veían a un buque enemigo en peligro de hundirse.

La derrota era total. Cientos de hombres se dirigían desesperados hacia la costa. Y cientos de soldados hubbolitas les aguardaban para hacerles prisioneros.

Los barcos-señuelo, entretanto, habían virado y se dirigían al puerto, donde los remeros sabían volverían a ser hombres libres. El entusiasmo en Hubbol era enorme.

Una de las personas que no sentía el menor entusiasmo, sino más bien vergüenza por la catastrófica derrota, era Helyne.

Todavía con los lujosos ropajes empapados de agua y el cabello chorreante, Helyne, para la que había órdenes especiales, fue conducida a presencia de Maavea, su vencedora.

Durrell, Issya, Shirdios y otros más, asistían a la entrevista. Flanqueada por dos soldados armados, Helyne era la estampa viva de la desesperación y el abatimiento.

Pero también había rabia y furor en su ánimo.

—Soy tu prisionera —dijo—. Ordena que me maten, Maavea.

—Es mi derecho —contestó la aludida sosegadamente—. Has intentado envenenarme, para apoderarte de mi Señorío, y viendo que fracasabas, quisiste atacar a mi pueblo. Muchos han muerto por tu desatada ambición. Tú también mereces la muerte.

Durrell no se atrevía a intervenir. A fin de cuentas, era un extranjero y su valiosa colaboración a la victoria, se dijo, no era suficiente para permitirle terciar en un acto cuya decisión final correspondía de modo exclusivo a Maavea.

Por otra parte, pensó, era lastimoso que una mujer joven y de tanta belleza, como Helyne, tuviera que acabar ante un pelotón de ejecución. O bajo la espada del verdugo. Porque Helyne era tan hermosa como codiciosa.

—Bien, puedes darme muerte, si es tu deseo —dijo Helyne—. Pero entonces, el extranjero no sabrá dónde está el Fuego Frío.

—No es el Fuego Frío lo que me ha de curar —contestó Maavea—. A mí me ha curado un hombre, que supo adivinar la traición de mi médico privado.

Aunque enrojeció, el rostro de Helyne permaneció impasible.

—Ese hombre tiene que curar a un amigo suyo. Por eso le interesa llegar adonde está el Fuego Frío —insistió.

—Pudiera ser que la vida de mi amigo resulte indiferente para Maavea —dijo Durrell.

—No lo creo...

—¡Basta! —cortó Maavea—. Helyne, estás en mi poder y no tienes ninguna otra opción. No importa que calles el lugar donde está el Fuego Frío, pero sí sé que vas a hacer otra cosa. Están terminando de preparar el documento de renuncia a tu Señorío. Los habitantes de

Bydrol decidirán si me aceptan a mí como su nueva Señora o prefieren a otra persona en el puesto supremo de gobierno. Pero lo que sí es cierto es que tú ya no vas a volver a Bydrol. Se te fijará una residencia, que no podrás abandonar bajo pena de muerte, se te asignará una subvención y se te concederán los servicios de dos criados. Pero no tendrás nada de esto, si no quieres firmar el documento de renuncia, porque morirás.

Helyne palideció ahora, porque sabía que la decisión de Maavea, aparte de ser irrevocable, era aprobada íntimamente por todos los presentes. Bajó la cabeza, vencida.

—Firmaré —dijo con voz sorda.

—El lugar de tu residencia dependerá de tu colaboración con el extranjero —siguió Maavea—. Si callas tus conocimientos sobre el Fuego Frío, irás a residir a la frontera con el Bosque Viviente. En caso contrario, vivirás en Yubyria.

—Hablaré con el extranjero...

Durrell levantó la mano.

—Con tu permiso, Señora —se dirigió a Maavea—. Si no tienes inconveniente, prefiero que esta conversación se desarrolle en un lugar menos concurrido.

—De acuerdo —accedió Maavea.

Media hora más tarde, firmado ya el documento de renuncia, Durrell, acompañado de Issya, Maavea y Shirdios, se enfrentaba en una habitación privada con la prisionera.

—No puedes quejarte —dijo Maavea—. Yubyria es una pequeña aldea, situada muy al Sudoeste, pero con un paisaje encantador. Y ahora, habla.

—Necesitaría un mapa —dijo Helyne.

Shirdios se encargó de proporcionarlo. Helyne señaló algunos puntos en el mapa, a la vez que daba indicaciones para llegar a la montaña donde se hallaba el Fuego Frío.

—¿No hay agua al otro lado? —preguntó Durrell, pensando en el hidroavión.

—Sólo pequeños arroyos, de curso muy accidentado —respondió Helyne.

El aeroplano era un medio que debía ser descartado, pensó Durrell. Tendrían que recurrir a las propias piernas como medio de transporte y a los caballos para la carga.

Durrell guardó el mapa. Maavea llamó a la guardia y Helyne salió de la estancia.

—Maavea, tengo que pedirte un favor —dijo el joven, cuando estuvieron solos.

—Lo que quieras; no puedo negarte nada.

—Necesito el hidroavión. Es probable que lo tenga ocupado durante algunos días...

—Considéralo como tuyo. A fin de cuentas, vamos a construir más y... —Maavea suspiró, a la vez que fijaba sus ojos en el rostro de Shirdios—. Creo que ahora viviremos en paz, sin temor a un ataque de las tropas de Helyne.

Durrell sonrió maliciosamente, a la vez que se volvía a Issya.

—Hasta que me conociste, no habías viajado en trineo, ni navegado en una balsa, ni sabido lo que era nadar —dijo—. ¿Quieres ahora saber qué es lo que se siente cuando se vuela?

Issya palmoteó entusiasmada.

—Será maravilloso —exclamó.

El hidroavión sobrevoló la catarata a unos doscientos metros de altura. Durrell, impresionado por el magnífico espectáculo de aquella cascada, que medía decenas de kilómetros de largo, hizo que el piloto diese unas cuantas vueltas por encima del colosal salto de agua, a fin de apreciar mejor el fantástico panorama. Contemplando aquella increíble maravilla de la naturaleza, se dijo que era lógico que al verla desde la balsa, cuando creían morir, le pareciese el fin del mundo.

El aparato continuó su vuelo. Lo que les había costado una semana, incluso contando con la buena velocidad del trineo, fue recorrido ahora en pocas horas. Al fin, Durrell divisó en el horizonte las manchas negras que señalaban los árboles no del todo cubiertos por la nieve.

—Es hora de aterrizar —dijo.

El hidroavión había sido provisto de patines adosados a los flotadores. Momentos después, se deslizaba por la superficie del hielo.

Durrell y la muchacha, equipados convenientemente, saltaron al suelo y se dirigieron hacia el bosque. Iban armados, por precaución, pero no vieron a nadie en su corto camino hasta la nave espacial.

Estaba allí, cubierto su casco en parte de nieve, pero intacta, tal como la dejara Durrell muchas semanas antes. Durrell sintió una vaga melancolía al contemplar aquel aparato que habría podido llevarle de vuelta a Ritt-o-Mon caso de hallarse en condiciones, pero era algo en lo que no cabía soñar siquiera.

Durrell sacó algunos objetos de la nave, que estimó podían serle útiles en su viaje a la montaña del Fuego Frío. Hicieron un par de viajes al hidroavión y, cuando lo tuvo todo listo, dio la orden de emprender el regreso.

Después de descansar del viaje, Durrell realizó otro de exploración sobre la zona que iba a recorrer. La montaña del Fuego Frío, como si lo hubiera sido por la obra de un ser inteligente, estaba completamente rodeada por un anillo de verdor de incalculables dimensiones, que era el Bosque Viviente. Entre el bosque y la montaña había un espacio despejado, aproximadamente circular, de unos sesenta kilómetros de diámetro.

El anillo boscoso era muy ancho. Durrell estimó que no emplearían menos de tres días en atravesarlo, suponiendo que el viaje se hiciera sin incidentes. Era una lástima, se dijo, que el ingeniero constructor del hidroavión no hubiese visto también planos de helicópteros.

Pero, al menos, ahora conocía el terreno bastante bien. Incluso había podido ver desde mucho más cerca el resplandor azulverdoso que había captado desde cientos de kilómetros de altura, cuando su astronave se acercaba a Swótari. El origen de aquel resplandor, sin embargo, le resultaba desconocido. .

Tendría que averiguarlo in situ, se dijo. Y, para ello, debía de emplear no menos de diez días de viaje.

Terminados los preparativos, Durrell e Issya fueron transportados de nuevo a Abrool, en donde Hayart y su esposa les recibieron con gran cordialidad. Durrell se había cuidado de avisar a sus amigos, a fin de tranquilizarlos, Hayart y Druthis les dieron una pequeña fiesta, tanto para celebrar su victoria, como para celebrar también la derrota de Helyne.

—Bydrool vivirá ahora en paz —dijo Hayart—. Ya no tendremos que pagar contribuciones extraordinarias para sostener los gastos de un ejército cada día más numeroso. Si Maavea obra con habilidad en este sentido, se llevará todos los votos de la gente de Bydrool.

A Durrell le tenía un poco sin cuidado la situación política, aunque aceptó cortés los argumentos del comerciante. Por su parte, Hayart admitió de pleno que hacía el viaje por motivos egoístas.

—Si el Fuego Frío cura ciertas enfermedades, yo puedo ganar mucho vendiendo esa sustancia —declaró.

Después de otro día de estancia en la aldea, decidieron emprender la marcha. En la mañana señalada para la partida, el suegro de Hayart vino muy preocupado a despedirse de los expedicionarios.

—Es preciso que vigiléis constantemente. Tengo informes de que han sido avistados unos individuos sospechosos en las afueras de la población. Desde vuestro secuestro, hemos mantenido siempre una vigilancia constante y anoche, los centinelas divisaron a media docena de individuos, que escaparon de inmediato, amparándose en la oscuridad. No confiéis en nadie —aconsejó el nativo.

Durrell asintió.

—Lo tendremos en cuenta —respondió—. Gracias por tu aviso y... ¿De verdad no consiguieron identificar a los sospechosos?

—Huyeron apenas se les dio el alto —declaró el padre de Druthis—. Seguro que no traían buenas intenciones.

—Está bien, vigilaremos de continuo —prometió Durrell.

# CAPITULO IX

Las dos primeras jornadas de viaje transcurrieron sin incidentes. Poco a poco, se acercaban al Bosque Viviente. Las zonas habitadas se aclaraban paulatinamente. Alcanzaron la frontera al tercer día de viaje y Durrell decidió acampar antes de lo ordinario.

—Mañana haremos una jornada más larga —dijo—. La siguiente será algo más corta y, de este modo, podremos tomar un buen respiro para acometer la travesía del Bosque Viviente.

Después de la cena, Durrell decidió dar una vuelta para inspeccionar los alrededores del campamento. Issya se reunió con él al verle ponerse en pie.

—Egon, en tu opinión, ¿quiénes son esos tipos sospechosos que merodeaban en torno a la aldea? Este no es un país donde abunden los ladrones...

—Estoy preocupado, Issya —contestó él—. En Hubbol se construyó un hidroavión y ello no tendría mayor importancia, de no haber sido porque constructor se guió por los planos hallados en una astronave. En Ritt- o-Mon vivimos descendientes de terrestres o terrestres afincados allí. La nave que he mencionado procedía de Ritt-o-Mon.

—¿Tiene algo que ver con lo que ha sucedido, Egon?

—Probablemente, todos mis males procedan de ese viaje —respondió el joven sorprendentemente.

—¿Cómo dices? —se asombró Issya.

—Ya lo has oído. Al poco tiempo de la vuelta de esa nave, lo digo calculando ese tiempo por las fechas respectivas, mi amigo Kalazoo empezó a languidecer. Los médicos no han acertado hasta la fecha con la naturaleza de su enfermedad, pero él sabía que podría curarse con el Fuego Frío.

—Y te mandó a buscarlo...

—Era la única forma de salvar mi vida o evitarme, en el mejor de los casos, una condena de cárcel perpetua.

—Mataste a un hombre.

—Sí. Ahora lo veo, caí en la trampa como un niño...

Durrell se interrumpió de repente. Issya observó que el joven parecía sumamente agitado.

—No sigas —dijo suavemente, a la vez que apoyaba una mano en su brazo—. Ya continuarás otro día.

Durrell hizo un esfuerzo por sonreír.

—En medio de todo, creo que ha sido una suerte llegar a Swótari —dijo.

—¿Volverás a Ritt-o-Mon?

—Sí, pero no me quedaré allí, te lo aseguro. Una vez que haya curado a mi amigo, abandonaré aquel planeta.

Issya calló, preguntándose en su fuero interno por los futuros proyectos del hombre que tenía al lado. Desesperadamente, pidió que Durrell regresara a Swótari, pero no podía decírselo de viva voz.

De repente se oyó un agudo grito en las inmediaciones.

Chasqueó una pistola de aire comprimido. Un hombre chilló y se debatió espasmódicamente antes de caer al suelo.

Durrell empujó a Issya, lanzándola al suelo. Dos sombras surgieron de la oscuridad. A la derecha, la pistola de Hayart chasqueó de nuevo, pero el proyectil se perdió en el vacío.

Los ojos de Durrell captaron el brillo de sendos cuchillos en las manos de los atacantes. Durrell esquivó una furiosa puñalada y, girando un cuarto a su derecha, se apoderó de la muñeca armada del sujeto.

Sus manos de hierro retorcieron el brazo, arrancando un grito de angustia al individuo. En el mismo instante, Issya, con furia salvaje, se arrojó sobre la espalda del otro atacante quien, aprovechándose de la situación, trataba de apuñalar al joven por la espalda.

Durrell consiguió apoderarse del acero, que empleó en el acto, con devastadores efectos, contra su propio dueño. Cuando el hombre se desplomó al suelo, perneando frenéticamente, se volvió en redondo.

Una escena increíble apareció ante sus ojos. Issya había hecho presa en la garganta del otro atacante y tiraba de él hacia atrás, al mismo tiempo que alzaba su rodilla derecha. La espalda del sujeto se

curvó horriblemente.

Todo ocurrió en un segundo. Sonó un alarido. Luego, unos huesos chasquearon espantosamente. Un instante después, el hombre se derrumbaba al suelo, partido el espinazo.

Jadeante, despeinada, Issya miró al joven con ojos llameantes.

—Quería matarte —dijo.

Hayart y Druthis corrían hacia ellos.

—Mi suegro te encomendó fueses más cuidadoso —dijo el comerciante con acento de reproche.

—Lo siento —se disculpó Durrell—. Pero te doy las gracias por tu oportuna intervención.

—Un puñal, hace siempre menos ruido que una pistola —dijo Hayart sentenciosamente—. Druthis, ¿quieres traer una lámpara?

—Sí, al momento —contestó la mujer.

Segundos más tarde, Durrell se inclinaba sobre uno de los caídos. Hayart mostró una viva sorpresa al percatarse de los ropajes que vestía el muerto.

—Este hombre es...

—Sí, nació en Ritt-o-Mon —confirmó Durrell, cuyas facciones aparecían contraídas por la ira.

Issya apretó su brazo.

—Cálmate, Egon —aconsejó.

Durrell hizo un esfuerzo por tranquilizarse.

—Sí, será lo mejor —convino—. Hayart, ¿has visto más gente?

—No, creo que éstos eran los únicos...

—Por ahora —supuso el joven—. Es probable que tengamos más tropiezos en el camino.

—Esto no me gusta —se quejó Druthis.

—No debieras haber venido.

—No, no, si no lo digo por eso. Es que yo estaba dispuesta a

afrontar ciertos riesgos, pero no a una cuadrilla de asesinos a quienes no interesa que lleguemos al Fuego Frío.

Durrell se volvió hacia Hayart.

—No debes permitir que tu esposa corra peligros innecesarios —dijo—. Regresad a Abrool, es lo mejor que podéis hacer.

Hayart se sentía irresoluto. Durrell comprendió que debía volver a insistir.

—Issya y yo viajaremos solos. Vosotros ya habéis hecho bastante en nuestro favor —añadió.

—Espera —dijo Hayart—. Hay una solución intermedia. Druthis y yo aguardaremos aquí vuestro regreso. Dos personas se mueven siempre con más rapidez que cuatro, me parece..

—Eso sí es verdad. ¿De acuerdo, Issya?

—De acuerdo, Egon —contestó la interpelada.

Durrell fijó la vista en el cadáver que tenía a sus pies.

—Si les registramos, creo que podremos obtener más detalles —dijo.

Podían serle útiles para el futuro, pensó, porque ahora empezaba a darse cuenta de que lo que le estaba sucediendo era fruto de una conspiración de muy vastos alcances, en la que él era el elemento principal... que debía ser suprimido a toda costa, aunque debía reconocer que no se le alcanzaban por completo los motivos por los cuales resultaba conveniente su eliminación para algunos.

\* \* \*

—Mis padres murieron siendo yo muy niño en un desgraciado accidente —explicó Durrell—. Kalazoo me recogió y adoptó y fue para mí como un padre, pero todavía más un amigo. Cuando se casó, a los pocos años de mi adopción, y su mujer tuvo una niña, decidió que su hija y yo seríamos esposos al llegar a la edad conveniente.

—Pero no os habéis casado.

—Faltaban pocas semanas para la boda, cuando me avisaron que

Thea Kalazoo estaba en. un grave apuro.

Había sido secuestrada y sus raptores pedían un elevado rescate. Al menos, eso me dijo la persona que se comunicó conmigo por videófono, quien me encargó de guardar absoluto silencio, ocultándolo incluso a Kalazoo. Cuando llegué al lugar donde decían encontraría a Thea, sólo hallé a un hombre que me atacó. Tuve que defenderme y lo maté. Thea declaró posteriormente que el secuestro había sido una broma pesada. No podía mentir, ni siquiera en mi favor, aseguró en el juicio que se me siguió por aquel crimen. Sólo la influencia de Kalazoo, impidió que diera con mis huesos en la cárcel o que acabase en un patíbulo ; pero, a cambio, tuve que emigrar en busca del Fuego Frío.

—Parece que el secuestro fingido fue una trampa que te tendieron deliberadamente ^comentó Issya—. ¿No has llegado nunca a conocer los motivos?

Durrell meneó la cabeza.

—No, no tuve tiempo. Fui apresado rápidamente y juzgado con mayor rapidez todavía. Kalazoo es un hombre de elevado prestigio en Ritt-o-Mon, pero ni aun él puede impedir que la justicia siga su curso.

—Tengo la impresión de que Kalazoo es una excelente persona —dijo la muchacha.

—Sí... ¡Mira! —exclamó él de repente.

Conversaban sin dejar de caminar. Durrell llevaba del ronزال al primero de los caballos de carga, y los otros dos seguían en reata. Al salir de un angosto desfiladero rocoso, de trazado curso, se encontraron casi de repente en la linde del Bosque Viviente.

Los árboles y las plantas se alzaban como un muro de verdor a menor de quinientos metros de ellos. Reinaba un profundo silencio en aquellos parajes, como si la masa del bosque abrumase con su pesadumbre el ambiente. Los caballos, de pronto, empezaron a dar síntomas de inquietud

Durrell frunció el ceño.

—Vamos a tener que dejar aquí a los animales y buena parte de la carga —dijo.

Issya comprendió que no tenían otra solución. Inmediatamente, empezó a soltar bultos de los atalajes de carga. Durrell la ayudó y, en pocos minutos, los animales quedaron libres. Apenas se vieron sin la

carga, dieron media vuelta y escaparon a todo correr.

—No me extraña que tengan miedo —dijo Issya—. Ese bosque impresiona y no precisamente por su belleza.

Durrell asintió. Había algo tétrico en la salvaje grandiosidad de la selva que se extendía ante ellos, hasta perderse de vista a derecha e izquierda. Algunos de los árboles alcanzaban alturas de sesenta y más metros, aunque abundaban los de menos elevación, pero, sobre todo, plantas y arbustos de extrañas formas y con flores de colorido tan raro como siniestro.

Deberían llevar solamente lo imprescindible. Si había animales en el bosque, podrían alimentarse con la carne de los que cazaran. Los pulverizadores de narcótico, algo de agua, más las armas, era todo cuanto podrían transportar sobre sus espaldas, aparte de algunos objetos que había tomado de su astronave y que juzgaba indispensable para el logro de la misión que debía realizar.

—Emprenderemos la travesía mañana, al amanecer —decidió momentos después, mientras se disponía a instalar el campamento.

Por la noche, el bosque se pobló de ruidos; chillidos, rugidos, siseos, alaridos que parecían brotar de las gargantas de personas en peligro, chasquidos... una serie de sonidos espeluznante, que ponían los pelos de punta. Con las primeras luces del alba, el silencio volvió a adueñarse del bosque.

Convenientemente equipados, emprendieron la marcha. Durrell marchaba en cabeza, con una pesada mochila en la que llevaba el depósito del líquido narcótico, más los instrumentos que había recogido en su astronave.

Uno de tales instrumentos era más bien un arma; un afilado machete de unos sesenta centímetros de largo, cuya hoja tenía casi diez centímetros de ancho. Además, ambos llevaban sendas pistolas neumáticas, aparte de unas raciones de comida y una cantimplora con agua.

La boca de la manguera pulverizadora quedaba delante, con el mecanismo de disparo del líquido narcótico al alcance de la mano. La manguera era de tejido elástico, que podía estirarse más de dos metros, en caso necesario.

Diez minutos después de haber iniciado la marcha, se adentraban en el Bosque Viviente.

A los pocos pasos, Issya lanzó un chillido.

—¡A tu izquierda, Egon!

El joven se volvió. A cinco metros, los tentáculos de una colosal planta carnívora ondeaban siniestramente en el aire, buscando una presa para su vegetal estómago, capaz de digerir sin dificultades el cuerpo de una persona. Durrell alargó el brazo derecho y envió una descarga de líquido narcótico a la planta.

Los tentáculos se replegaron instantáneamente, para caer al suelo segundos después. Issya lanzó un profundo suspiro de alivio.

—Debe de ser horrible caer en poder de una de esas plantas — dijo.

Había muchas otras plantas vivas, aunque de tamaño infinitamente menor, que se agitaban continuamente al paso de la pareja, a pesar de que no se percibía el menor soplo de brisa. La atmósfera era húmeda, cálida y había en ella un penetrante olor dulzón, agradable en dosis menos intensas y aspirado durante unos momentos, pero que, a la larga, se hacía insoportable. No obstante, tendrían que respirar aquella atmósfera durante tres largas jornadas.

La luz llegaba muy atenuada al suelo, lo que, en medio de todo, no dejaba de constituir una gran ventaja. El suelo estaba lleno de plantas muertas, en descomposición. De cuando en cuando, divisaban blancos huesos de animales muertos mucho tiempo atrás. De las plantas vivas, las únicas que no se movían eran los árboles de gran tamaño

Durrell pasó por encima de una leve prominencia del suelo. Issya seguía puntualmente sus pasos, también con la manguera de su pulverizador a punto. De súbito, la muchacha sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

Un grito brotó instintivamente de sus labios, a la vez que sentía que el suelo, agitándose más todavía, la hacía perder el equilibrio. Durrell oyó su voz y se volvió.

El pequeño montículo que habían pisado no era sino un animal gigantesco, de más de cinco metros de largo, por dos de altura, con toda la apariencia de una bestia antdiluviana. Pero si era herbívoro, al menos por su aspecto, los enormes dientes que se divisaban en su boca, capaz de partir en dos a una persona, daban la impresión de todo lo contrario.

Issya, aterrada, se arrastró por el suelo. Durrell comprendió que habían roto el sueño diurno de la bestia, la cual, ahora, se sentía enfurecida por el inesperado despertar. La piel, gris verdosa, con algunos puntos amarillos, era un perfecto medio de enmascaramiento para poder atrapar sus presas con mayor facilidad.

Durrell saltó hacia delante. Por fortuna, el animal era lento de movimientos, debido precisamente a su estructura. Los chorros de líquido pulverizado fueron a parar a las fauces de la bestia, la cual, a los pocos momentos, se desplomó de costado, con sordo estruendo.

La mano de Durrell tiró de la muchacha para ayudarla a ponerse en pie.

—Estoy bien —dijo ella—. Sólo un poco asustada...

—Nos falta experiencia —sonrió Durrell—. En lo sucesivo, cada vez que veamos un abultamiento en el suelo, procuraremos no molestar al durmiente.

Issya suspiró.

—Dormir —exclamó—. Ellos pueden hacerlo, mientras que nosotros...

—Tendremos que velar por turnos, pero eso es cosa que no debe preocuparnos hasta la noche. Sigamos; no sabemos cuánto durarán los efectos del narcótico en un animal de ese volumen.

Cuando les era posible, Durrell prefería dar un rodeo, evitando el encuentro con alguna bestia o una planta carnívora gigante, a fin de economizar al máximo el narcótico. Otras veces, prefería enfrentarse machete en mano, si se sentía seguro de ganar en el combate. En un par de ocasiones, consumió sendas balas de su pistola.

El Bosque Viviente merecía su nombre: literalmente, hervía de vida, pero, al mismo tiempo y de un modo paradójico, era el reino de la muerte. Salvo los árboles de mayor envergadura, todos los seres que allí tenían su morada, vivían para matar y morían para que otros viviesen, lo mismo animales que vegetales.

A pesar de todo, los dos únicos seres inteligentes que había en el Bosque Viviente, continuaban su camino, tenaces, resueltos a conseguir el triunfo.

# CAPITULO X

Al principio de la tercera jornada, Durrell e Issya, agotados, casi exhaustos por la fatiga de los dos días precedentes, cuyas noches habían pasado casi en continua vela, decidieron tomarse unas horas más de descanso. Las fuerzas podían fallarles en un momento de apuro, y Durrell pensó que un día más no le causaría grandes perjuicios.

Se instalaron en lo alto de la copa de un árbol, a treinta metros del suelo. Durrell limpió el tronco con su machete en gran parte, a fin de evitar que trepan por él los animales o las plantas carnívoras. Luego, en una rústica plataforma, se tendieron a descansar y durmieron varias horas placenteramente.

Pasado el mediodía, Durrell despertó, considerablemente descansado. Hizo una mueca al ver que había de nuevo plantas enroscándose en torno al tronco del árbol. Issya dormía apaciblemente y no quiso despertarla.

El árbol tenía unos sesenta metros de altura. Durrell trepó por la copa, hasta que oyó crujir las ramas peligrosamente. Pero se felicitó del riesgo corrido, porque pudo ver a lo lejos la montaña del Fuego Frío sobresaliendo por encima de la masa vegetal. El límite del bosque estaba todavía bastante lejos, por lo que, después de reflexionar largamente, decidió permanecer todo el día en el refugio.

Issya aprobó su decisión. Aunque por la noche no durmieron apenas, debido al aterrador concierto de ruidos de toda clase que se producían apenas llegaba la oscuridad, al menos descansaron después de dos días de agotadora marcha. Al siguiente, completamente frescos, reanudaron el camino apenas se vio el primer rayo de luz en el cielo.

Cerca de la tarde notaron los primeros síntomas de que llegaban a la linde del bosque. Entonces, de súbito, oyeron unos gritos desgarradores:

—¡Socorro, socorro!

Issya quiso precipitarse en ayuda del desgraciado, pero Durrell, prudente, la contuvo con una mano. El joven avanzó poco a poco, hasta divisar una colosal planta carnívora, cuyos tentáculos, de un grosor impresionante, sostenían en alto a un ser humano.

El individuo chillaba frenéticamente, mientras forcejeaba por librarse de los tentáculos. Pero, de pronto, casi de golpe, fue arrojado al centro de la corola de la flor.

Había allí un vasto receptáculo, lleno de un líquido espeso, que despedía un olor repugnante y en el que se veían aún algunos restos de animales devorados por la planta carnívora. El hombre cayó en el receptáculo y en el acto, de un modo prácticamente instantáneo, los pétalos gigantesos se cerraron sobre su presa.

Todo ocurrió tan rápidamente, que Durrell no tuvo tiempo de reaccionar, ni mucho menos de preguntarse por los motivos de la presencia de un extraño en aquellos parajes. Lanzó varios chorros de narcótico e incluso consiguió adormecer a la planta, pero ya era tarde.

Los tentáculos cayeron laciamente al suelo y los pétalos se abrieron poco a poco. Issya lanzó un chillido y se volvió para no contemplar aquel horrible espectáculo.

El hombre, bañado por completo en el líquido de la planta, lanzaba sonidos inarticulados. Su carne se caía a pedazos, corroída por los jugos digestivos de la flor. El líquido de la corola tenía ahora un color sanguinolento.

De pronto, el hombre cayó hacia atrás y dejó de moverse. Issya, sacudida por fuertes espasmos, tiró del joven.

—Vámonos, vámonos —gimió.

Durrell reanudó la marcha. Ya nada podía hacerse por aquel desgraciado.

De pronto, oyeron voces en las inmediaciones:—¡Irkos! ¿Dónde estás?

Durrell sacó la pistola. El narcótico era un arma excelente, pero tenía el defecto de que, pese a su rapidez, no actuaba instantáneamente.

Un hombre apareció de pronto ante ellos. Vio a la pareja y levantó su mano armada.

Durrell se le anticipó. El pesado proyectil hizo saltar chorros rojos a la altura del cinturón del hombre, que se desplomó pesadamente en el suelo.

La mano del individuo soltó la pistola. Durrell avanzó hacia él.

—Tú eres de Ritt-o-Mon —dijo.

—Sí —contestó el hombre, con un hilo de voz apenas audible.

—¿Habíais venido para matarme?

—Sí.

—¿Quién os envió?

—Grey.

El individuo calló de pronto. Durrell comprendió que había muerto y se puso en pie.

Issya se quedó muy sorprendida al ver la expresión repentinamente aparecida en el rostro de Durrell. Había ira y también decepción.

—Egon, ¿qué te sucede?—preguntó.

—La voz del hombre que me anunció el secuestro de Thea me pareció conocida —respondió él—. Entonces, pensé que se trataba de una casualidad.

—¿Y ahora?

Durrell señaló al hombre que yacía muerto a sus pies.

—Acaba de confirmar las sospechas que entonces sentí y deseché por no querer creer en algo que me parecía monstruoso —respondió.

Ya no quiso decir más. Issya calló, sin atreverse a pedirle otros detalles.

Algún día, pensó, sabría toda la verdad. Ese día, estaba segura, Durrell se vería libre de la pesadumbre que ahora abrumaba su espíritu.

\* \* \*

Fuera ya del bosque, en un espacio despejado, Durrell encontró unas huellas inconfundibles.

Las marcas de las patas de un tren de aterrizaje aparecían nítidamente grabadas en la arena. Issya comprendió la forma en que los asesinos habían llegado al bosque, cuando Durrell se lo explicó de viva voz.

—Pero si vinieron en una nave, ¿por qué no borraron sus huellas?  
—quiso saber la muchacha.

—¿Para qué borrarlas, si contaban con eliminarnos? Lo que sucede es que se separaron, a fin de que el que nos encontrase diese la alarma al otro. Es decir, querían cogernos entre dos fuegos. Uno de ellos, sin embargo, tropezó con la planta carnívora y...

—Eso está muy bien, pero ¿cómo nos encontraron, si desde la altura es imposible ver lo que sucede en el suelo del bosque?

—La nave debe de estar equipada con un detector orgánico. Las señales del organismo de un ser humano son muy diferentes de las emitidas por un animal. Sencillamente, una vez detectados, desembarcaron a los asesinos y se marcharon, para recogerles más tarde.

—Pueden localizarnos otra vez —temió Issya.

—Estaremos prevenidos —contestó él, ceñudo.

A fin de aliviarse de parte de la carga y puesto que no iban a necesitarlos por el momento, dejaron los tanques de narcótico, escondidos en un lugar donde no fuese fácil hallarlos. Realizada la operación, emprendieron la marcha de nuevo.

A lo lejos, destacando con asombrosa nitidez en el horizonte, se divisaba la montaña del Fuego Frío. El resplandor de la cumbre era ahora menos intenso, debido a la luz diurna.

La montaña tenía forma de cono casi perfecto y con laderas muy suaves. Durrell calculaba que la ascensión sería más larga que difícil. Por otra parte, la montaña, al erguirse solitaria en una llanura, parecía más alta de lo que era en realidad.

Dos días después, al atardecer, alcanzaron la base de la montaña.

—Subiremos al amanecer, aunque tú te quedarás a media ladera  
—decidió Durrell, en el momento de instalar el campamento.

—¿Por qué? Tengo una viva curiosidad por ver el Fuego Frío.

—Eso es algo que no podrás satisfacer, si mis presentimientos se

cumplen —contestó Durrell, enigmáticamente.

Issya tuvo que contentarse con la respuesta. Pero después de cenar, se sintió asaltada por una duda.

—Tus enemigos no han intentado atacarnos —dijo—. ¿Por qué nos han dejado en paz?

—Pienso que tal vez enviaron a dos asesinos no sólo a matarnos, sino a su propia muerte. Ellos lo ignoraban, claro; sin duda, creían que serían recogidos pasado un plazo prudencial, pero al mismo tiempo que nosotros, estaban igualmente sentenciados a muerte.

—Habrían podido salvarse, atravesando el bosque.

—Uno de ellos no recorrió siquiera quinientos metros, Issya —le recordó Durrell.

La muchacha asintió pensativamente.

—Tienes razón, estaban condenados a muerte —concordó—. Pero, ¿por qué lo hacen, Egon?

—La respuesta se puede condensar en tres palabras: ambición de poder —dijo él—. Por cierto, ¿te gustaría conocer Ritt-o-Mon?

La muchacha se sorprendió de la pregunta, puesto que sabía que la nave de Durrell no podría volver a volar.

—Sí, pero, ¿cómo iremos hasta allí?

Durrell sonrió sibilamente.

—Si mis presentimientos se realizan, no tendremos siquiera necesidad de intentar hacer una llamada de socorro —contestó.

A media mañana del día siguiente, se separaron. Durrell insistió en que Issya debía quedar en el punto previamente señalado. La cima de la montaña se hallaba a unos mil quinientos metros de distancia y a menos de trescientos sobre sus cabezas.

Antes de reemprender la marcha, Issya, asombrada vio que Durrell se embutía en un traje metálico de una sola pieza, que había sacado de la mochila en que había metido los instrumentos tomados en la nave. El tejido, pese a su finura, era muy compacto y disponía de casco, que se amoldaba exactamente a la cabeza de su portador. Unas gafas, de gruesos cristales oscuros, completaban el original equipo.

Durrell echó a andar. Mil metros más adelante, se caló las gafas.

Ahora podía mirar directamente al resplandor del Fuego Frío, sin temor a recibir daño en las retinas.

Una hora después, se detuvo al borde de un estanque de forma aproximadamente circular, lleno casi hasta los borde de una sustancia líquida, de gran densidad, que despedía aquel extraño brillo. Con la ayuda de una cuchara, Durrell llenó el recipiente que había llevado consigo, una especie de bote de metal, de paredes muy gruesas y tapadera que cerraba herméticamente. En total, recogió un litro aproximadamente de aquel líquido pastoso, y después de cerrar el recipiente, emprendió el descenso.

Cuando llegó al lugar en que le aguardaba Issya, se quitó el traje. Ella le contempló admirada e intrigada a un tiempo.

—El traje es aislante —explicó él—. El Fuego Frío es altamente radiactivo. Una persona que se expusiera a sus radiaciones, moriría irremisiblemente a las pocas semanas, si no en algunos días. Pero al mismo tiempo, es también de un enorme poder energético.

—¿Qué quiere decir todo eso? —preguntó la muchacha.

Durrell bebió un largo trago de agua de la cantimplora.

—Te lo aclararé más adelante —dijo—. Lo siento por Hayart, no podré darle más que una cucharada y eso con grandes precauciones. Pero nosotros necesitamos el resto.

—Para curar a Kalazoo.

—Kalazoo se curará si vive cuando lleguemos, con una cantidad de Fuego Frío no mayor que la cabeza de un alfiler —contestó Durrell—. El resto servirá para que nosotros podamos viajar a Ritt-o-Mon.

Durrell exhaló un fuerte suspiro.

—Estoy cansado, pero no quiero permanecer aquí un minuto más de lo estrictamente necesario —manifestó—. Vámonos, ya descansaremos en el lugar donde dejamos el líquido narcótico.

—Presiento que la proximidad al Fuego Frío es peligrosa —dijo ella.

—Aquí podríamos estar varias horas y no nos sucedería nada, pero más vale que nos alejemos. Una exposición demasiado intensa o prolongada al Fuego Frío envenenaría irremisiblemente la sangre y llegaría incluso a la médula de los huesos. Entonces ya no habría salvación para la víctima.

—Y, sin embargo, el Fuego Frío salva a las personas.

—Es largo de explicar, aunque diciéndolo sucintamente, hay una dosis mínima que, aplicada en determinadas circunstancias, elimina las toxinas del cuerpo humano y devuelve la salud a éste. Ahora bien, lo que se necesita es conocer a fondo el momento y la dosis que ha de ser aplicada al paciente. Una dosis menor no hará ningún efecto favorable, en tanto que otra mayor podría resultar fatal.

—Creo que comprendo —sonrió la muchacha—. Y tú piensas que podrás lograr que Kalazoo reciba la dosis justa.

—Eso espero —respondió Durrell. Asió a la muchacha por un brazo y ella se sintió muy contenta del contacto masculino—. Tendré que instruir a Hayart en el manejo del Fuego Frío y le dejaré mi equipo, por si un día quiere ir de nuevo a la montaña, a recoger una mayor cantidad. Nosotros...

—Nosotros, ¿qué? —preguntó la muchacha, anhelante, al darse cuenta de que Durrell se interrumpía.

—Nosotros dejaremos de correr aventuras para vivir en paz —dijo él, resueltamente—. Pero ese momento no habrá llegado hasta que mi misión haya terminado en Ritt-o-Mon.

# CAPÍTULO XI

El hidroavión hizo un nuevo viaje para llevarles al país de las nieves eternas. Durrell e Issya desembarcaron del aparato y contemplaron la astronave, que continuaba intacta en el mismo sitio.

Shirdios les había acompañado. Al despedirse, preguntó si volvería a verles.

—Al menos, podríais señalar una fecha para venir a recogeros —dijo

Durrell sonrió.

—Cuando volvamos, iremos directamente a Hubbol —contestó.

Durrell y la muchacha permanecieron en pie, junto al borde del mar Sólido, contemplando el despegue del hidroavión. Cuando lo vieron perderse de vista en la lejanía, se encaminaron hacia la nave.

Lo primero que hizo Durrell fue poner en marcha las baterías de emergencia. En pocos minutos, el interior helado de la nave adquirió una grata temperatura.

Después, se puso un traje blindado más grueso y pesado que el que había utilizado en su etapa final de la ascensión a la montaña del Fuego Frío, y después de cruzar una escotilla en la que había pintados unos extraños signos rojos, que Issya no supo comprender, desapareció de la vista de la joven.

La ausencia de Durrell se prolongó por espacio de casi tres horas, al cabo de cuyo tiempo salió de aquella cámara. Cerró la puerta nuevamente, y sin entretenerse, abandonó la nave.

Fuera de la misma, se quitó aquel traje aislante, que lanzó, por medio de unas largas pinzas que había llevado consigo, a una profunda hondonada. Volvió a la nave y se metió en el cuarto de baño, para una ducha descontaminante, anunció.

Al terminar todas aquellas operaciones, cuya utilidad resultaba desconocida para la muchacha, Durrell le entregó un aparato, que le encargó paseara por todos su cuerpo, a unos quince centímetros de distancia. Issya no podía saber que se trataba de un contador Geiger de radiactividad, cuyas indicaciones mostraron que el organismo de Durrell sé hallaba en perfecto estado.

Durrell se sentía sumamente satisfecho.

—Vamos a preparar la cena —dijo.

Mientras comían, le explicó lo que había hecho.

—El generador estaba sin carga y el «tridium»...

—¿«Tridium»? —repitió Issya, extrañada.

—Perdona —sonrió él—. «Tridium» es el nombre que nosotros damos al Fuego Frío. Es un metal que raramente se encuentra en estado natural y cuya elaboración artificial resulta costosísima, por no decir imposible. Desde hacía tiempo se sabía en Ritt-o-Mon que en alguna parte había un colosal yacimiento de «tridium», aunque se ignoraba el lugar en donde podía hallarse. Ese metal es terriblemente nocivo, como ya te he dicho en otra ocasión, pero al mismo tiempo también, sumamente útil, cuando se emplea en las cantidades V y circunstancias adecuadas. La cantidad de energía que se almacena en una pequeña dosis de «tridium» es prácticamente incalculable. Puede desprender la suficiente energía para mover sin dificultad y durante decenas de años, una nave cien veces mayor que la mía. En realidad, con la carga de «tridium» que he puesto en el generador, esta nave podría estar volando por el espacio eternamente, aunque como es de suponer —sonrió—, nosotros no vamos a estar tanto tiempo fuera; en un breve plazo, como es lógico, habremos llegado a Ritt-o-Mon. Desde luego, he apartado un poco de «tridium», lo suficiente para curar a Kalazoo. Después, si fuese preciso, se harían más viajes, en astronaves debidamente pertrechadas, para transportar mayores cantidades de «tridium» y obtener así combustible de una forma fácil y relativamente barata.

—Pero ese combustible no pertenece a nadie.

Durrell sonrió maliciosamente,

—Alguien se va a llevar una sorpresa cuando estemos en Ritt-o-Mon —contestó—. Para trabajar en el generador de esta nave, yo necesitaba un traje blindado mucho más pesado que el que usé en la montaña del Fuego Frío, en donde, a fin de cuentas, sólo estuve unos pocos minutos en relativo contacto directo con el «tridium». Pero aquí he permanecido casi tres horas y un traje tan liviano como aquél no me habría servido de nada.

—Estoy por sospechar que el «tridium» tiene algo que ver con tu situación —dijo Issya.

—En cierto modo, como ya sabrás a su debido momento. La trampa que se me tendió y que me hizo matar a un hombre, me convirtió en un proscrito, pero quienes me tendieron esa trampa, no buscaban precisamente el provecho del «tridium». Esto, hasta cierto punto, les tenía sin cuidado. Lo que querían era otra cosa.

—Tú hablaste algo de ambición de poder —recordó la muchacha.

—Sí, y la noticia del hallazgo del «tridium» en estado nativo, es algo que les alegrará mucho en un principio, aunque después se llevarán una enorme sorpresa,

Issya sonrió.

—Tengo unos deseos locos de conocer el desenlace de este asunto —manifestó.

—Tardarás todavía un par de semanas —vaticinó Durrell.

Después de la cena, Durrell se trasladó a la cámara de mando y comprobó los instrumentos. La posición de la aguja que indicaba la carga en la cámara de combustible le hizo lanzar una exclamación de alegría.

—Creo que podemos despegar —dijo—. Ven, siéntate.

Durrell hizo que la muchacha ocupara el sillón contiguo y la sujetó con los atalajes de seguridad. Después se sentó él, y en el acto inició las operaciones preliminares del despegue.

La nave, aunque ladeada, arrancó casi de golpe, llevándose por delante un par de árboles de enorme tronco. Issya sintió una extraña opresión en todo el cuerpo y casi perdió el conocimiento. Durrell se disculpó mentalmente por aquel brutal despegue, pero, dada la posición de la astronave, no había podido hacer otra cosa.

Minutos más tarde, tras una nueva comprobación de los instrumentos, vio que tenía suficiente energía para conectar el sistema antigravedad. La velocidad de la nave aumentó, pero en su interior, los ocupantes ya no sentían aquella ahogadora opresión, de efectos tan desagradables. Issya volvió a la vida, aturdida todavía, pero confiando en todo momento en la habilidad del piloto.

Los ojos de la muchacha captaron atónitos el increíble espectáculo que era el cielo visto desde las alturas. Durrell conectó una cámara visora. Las imágenes de Swótari, alejándose rápidamente, aparecieron ante la mirada de Issya.

Durrell se levantó y quitó las correas de sujeción, que aún ligaban a Issya al sillón. La joven se puso en pie y se acercó a una lucerna, desde la que contempló en silencio el fascinante panorama del espacio, constelado por miríadas de astros de todos los colores.

Al cabo de un rato, se volvió hacia Durrell.

—Nunca me imaginé que pudieran existir tales maravillas —dijo, sonriendo.

Estaba encantadora, apreció Durrell. Issya vestía ahora una liviana blusa de manga corta, que era moldeada por la presión de su busto joven y firme, y unos pantalones también cortos. Durrell sabía que era una mujer robusta, pero ello no excluía una figura estatuaría. En los últimos tiempos, además, la piel de Issya se había tostado notablemente, lo que ofrecía un exótico contraste con su largo pelo, pajizo, y sus ojos, de claras tonalidades azules.

—A mí me pasa también algo parecido —dijo él.

Se acercó a la muchacha. Ella le miraba con una ligera sonrisa en los labios.

—Volveré contigo a Swótari, si me aceptas —añadió.

Issya asintió.

—Creo que ya no podría separarme de ti —contestó.

Durrell la abrazó. Issya tembló ligeramente. Cuando vio que la boca del hombre buscaba la suya, murmuró:

—Nunca me han besado...

Pero supo devolver la caricia con ardoroso entusiasmo. De pronto, sin embargo, asustada, se separó un tanto del joven.

—¡Egon! ¿Quién guía ahora la nave? —exclamó.

Durrell se echó a reír.

—Un amiguito llamado piloto automático y que hará ese trabajo hasta las inmediaciones de Ritt-o-Mon —contestó, mientras se inclinaba para besar nuevamente a la hermosa nativa.

Las calles de la ciudad-capital de Ritt-o-Mon aparecían desiertas, debido a la hora. Issya hubiera querido caminar más despacio, a fin de admirar las bellezas arquitectónicas de aquella ciudad, pero Durrell tenía prisa y tiraba de su mano, haciéndola correr sin descanso.

De pronto, cuando Issya empezaba a notar ya señales de fatiga, vio que Durrell se detenía ante una casa de excelente aspecto. El joven llamó a la puerta con los nudillos.

Alguien abrió momentos después.

—Oiga, éstas no son horas de... —Súbitamente, el hombre, que tenía una lámpara en la mano, lanzó una exclamación—. ¡Gran Galaxia, es Egon!

—El mismo, Ridd Tuhar —contestó el joven, alegremente.

—Has salvado el pellejo... Y no vienes solo —dijo Tuhar, al reparar en la muchacha.

—Es Issya y pronto será mi esposa. Pero, Ridd, condenado, ¿quieres tenernos en la puerta hasta que pase una patrulla?

—Diablos, no. Entrad, os daré algo de comer y de beber.

Tuhar era un hombre de unos treinta y cinco años, de mediana estatura y rostro agradable. Fue a una habitación contigua, hizo levantar a su mujer y le pidió comida y bebida para dos amigos.

Luego regresó a la sala y miró a Issya de pies a cabeza.

—De modo que te vas a casar —dijo.

—Sí, Ridd —sonrió Durrell.

—Bien, no creo que Thea lo lamente mucho. También ella se va a casar.

—Con Ophurs Grey.

—¿Cómo lo sabes? —se asombró Tuhar.

—Es un poco largo de contar, Ridd. Dime, ¿cómo van las cosas por aquí?

Tuhar hizo una mueca.

—Mal —contestó—. Kalazoo ya no durará mucho. Thea heredará

su puesto, y una vez convertida en la esposa de Grey, imagínate lo que puede suceder.

El anfitrión suspiró.

—Las cosas hubieran sido muy distintas si tú hubieras tenido tan mala suerte.

—Ridd, alguien se preocupó de que yo tuviera mala suerte —dijo Durrell—. Pero resulta que me la ha traído buena, aunque puedan pensar todo lo contrario. Dime, ¿tendrás ocasión de hablar con Kalazoo?

—Lo procuraré. ¿Qué quieres que le diga?

—Simplemente, que estoy aquí, pero qué necesito seguridad para llegar hasta su residencia.

—Haré lo que pueda. Os alojaréis en mi casa, supongo.

—Si no te importa...

Tohar sonrió.

—Me ofendería si te marchases a otro sitio —contestó.

Dya, la esposa de Tohar, una atractiva morena, de ojos vivos y figura ligeramente rolliza, entró en aquel momento con una bandeja en las manos. Casi gritó de alegría al ver a Durrell, y después de dejar la bandeja en la mesa, le dio un par de sonoros besos en las mejillas.

—De modo que te vas a casar —dijo cuando hubo conocido ya las principales noticias—. Thea es hermosa, pero no vale nada comparada con Issya.

—Lo que más vale de Issya no es su belleza, sino que ella jamás conspiraría para procurar mi muerte —contestó Durrell, sentenciosamente.

\* \* \*

Habían llegado a la madrugada. Al anochecer, Ridd Tohar volvió a su casa y entregó a Durrell un mensaje escrito.

—Kalazoo me lo ha entregado especialmente para ti —manifestó

—. Dice que lo leas atentamente y que luego obres según dicte tu conciencia,

Durrell sopesó el sobre en que venía el mensaje, ante la mirada expectante de Issya,

—Diríase que Kalazoo sabía que yo volvería y precisamente a tu casa —murmuró.

—El sabe que no hubieras ido a pedir hospitalidad a ningún otro —contestó Tohar—. Por tanto, estaba prevenido.

Durrell asintió. Rasgó el sobre y extrajo una larga carta, escrita en varias pliegos, con una letra que conocía muy bien, pero en la que ya se advertían síntomas indudables de una irremediable decadencia física.

La lectura de la carta consumió bastante tiempo, porque quiso enterarse a fondo de su contenido. Cuando terminó, alzó los ojos y miró largamente a Issya.

—Esto lo aclara todo —dijo.

Ella no habló; prefería que Durrell lo hiciese, si lo creía conveniente.

Durrell se volvió a continuación hacia sus anfitriones.

—Ridd, tú fuiste de los pocos que no creíste en mi culpabilidad absoluta —dijo.

—Siempre pensé que, por lo menos, habías sido víctima de las circunstancias. No habías ido a aquella casa sólo para matar a un hombre —contestó Tohar.

—Gracias —sonrió Durrell—. Tu lealtad se merece una pequeña recompensa. Mañana se anunciarán los esponsales de Thea Kalazoo con el coronel Grey, A petición de la futura desposada y dado el crítico estado de salud de su padre, la fiesta será muy íntima. Pero tú y Dya podréis asistir, si es vuestro gusto.

—No me lo perdería por nada del mundo —exclamó Dya, vivamente.

—Iremos —prometió Tohar, con grave acento.

La joven, de largos cabellos negros, vestida con singular elegancia, entró en una vasta habitación, seguida de un hombre alto y robusto, de unos cuarenta años de edad, que lucía un vistoso uniforme. Ophurs Grey, coronel jefe de la policía de Ritt-o-Mon, intentó abrazar a la joven, pero ella le rechazó suavemente.

—Cuidado —siseó—. El viejo duerme, al otro lado de las cortinas.

Grey sonrió maliciosamente.

—Pronto dormirá para siempre —aseguró.

Se acercó a una mesa y llenó dos copas de vino. Alargó una hacia Thea Kalazoo, pero ella rechazó, el ofrecimiento con un seco gesto.

—No tengo ganas —contestó, hablando siempre en voz baja—. Estoy nerviosa. Presiento que va a ocurrir algo.

—¡Tonterías! —rió Grey—. Nada puede ocurrir ya; todo está solucionado, querida.

—Es que...

—Thea, el viejo va a durar ya muy poco. Egon no podrá salvarlo. Ha muerto.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. Después del primer fracaso, envié a dos hombres de mi total confianza. No eran tipos que fallen en cierta clase de asuntos.

—Pero te podrían delatar.

—No hablarán, ya me cuidé yo bien de que no repitieran a nadie lo que habían ido a hacer en Swótari.

—Me gustaría sentirme tan tranquila como tú.

—Pero, bueno, mujer, ¿qué diablos te ocurre? Egon,

está fuera de combate. Sabemos, al fin, dónde está el «tridium». Hay en aquel yacimiento suficiente cantidad para dominar dos mercados importantísimos de un modo absoluto: el de combustibles y el de la medicina radiactiva. El «tridium» se puede sacar con una pala;

basta solamente llevar el traje y los recipientes adecuados. ¿Quién nos va a disputar ese monopolio?

—¿Lo viste tú? —preguntó Thea.

—Sí, sobrevolé la montaña de Fuego Frío cuando llevé, en persona, a los dos hombres que debían encargarse de Egon. En aquel cráter hay cientos de toneladas de «tridium», que los nativos, supersticiosos, no han tocado jamás. Más les ha valido, porque de otro modo estarían muertos, pero esa misma superstición ha conservado el «tridium» para nosotros. Y le sacaremos el debido provecho, créeme. Aparte del puesto que vas a ocupar, si sabes mantener la serenidad.

—Me cuesta mucho, Ophurs —confesó ella—. He visto a Tohar...

—Tohar no es más que un comerciante, muy amigo del viejo.

—Y de Egon. Me lo dijo en más de una ocasión. Egon confiaba absolutamente en Ridd Tohar.

—Bueno, pero Tohar viene en muchas ocasiones a visitar a su buen amigo Kalazoo. En un mundo de comerciantes, como Ritt-o-Mon, ¿qué más lógico que un comerciante visite al superior?

Thea hizo un gesto de aprensión.

—Espero que todo salga como lo has previsto —dijo—. Porque de otro modo, si se conociera el secreto...

—No se conocerá —aseguró Grey—. El viejo está poco menos que inconsciente; apenas reconoce ya a los más íntimos. Su muerte es cuestión de pocos días, créeme.

—¿De veras, coronel?

La voz extraña sonó al mismo tiempo que las cortinas del fondo se descorrían de golpe. Grey y Thea se volvieron simultáneamente.

Ella lanzó un grito de terror:

—¡Egon!

Los ojos de Grey contemplaron con asombro la alta figura del hombre que había aparecido con tanta oportunidad al otro lado de las cortinas. Junto a Durrell, había una hermosa joven de cabellos rubios y una pareja a los que conocía perfectamente.

Más al fondo, en un gran lecho y recostado sobre un montón de almohadones, estaba Martin Kalazoo, superior de Ritt-o-Mon. En los ojos de Kalazoo había ahora una viveza y un brillo que desmentían en el acto cualquier diagnóstico relacionado con su prematura muerte.

—Coronel Grey —dijo Durrell—, afortunadamente para mí, no he muerto; y desgraciadamente para ustedes dos, Kalazoo está también muy lejos de la muerte. Una dosis de «tridium» convenientemente aplicada, le ha arrancado los efectos del tóxico que usted, ayudado por esa bella y traidora mujer, le ha ido suministrando día a día desde hace mucho tiempo. Martin Kalazoo, por fortuna para los destinos de Ritt-o-Mon, vivirá todavía bastantes años.

Grey se pasó una mano por la frente.

—Es increíble —dijo.

—Lo realmente increíble es su traición —intervino Kalazoo desde su lecho—. Aunque después de conocerle en su verdadera personalidad, que resultase un hombre decente sería aún más increíble.

—Señor, yo me limité a perseguir a un hombre acusado de asesinato.

—Durrell mató a aquel hombre, atraído a una trampa por usted mismo —dijo Kalazoo.

—Reconocí su voz mucho después —terció Durrell—. Pero ya era tarde; ya había huido de Ritt-o-Mon. Thea, ¿verdad que tú jamás fuiste secuestrada?

La joven se irguió, desafiadora.

—Nunca te quise, Egon —contestó.

—Esa no es justificación para enviar a un hombre a la muerte. Si yo consentí, en casarme contigo, no fue sino para dar satisfacción a quien creía que era un enlace conveniente. Y de haber sido tú otra, aunque no nos hubiésemos amado, el matrimonio hubiera podido tener éxito. Pero estaba destinado al fracaso. ¿Quieren que les diga las causas por las que Thea no quería casarse conmigo?

Grey y la joven guardaron silencio. Durrell continuó:

—Sencillamente, Thea no podía consentir ser relegada a un segundo puesto, dado que, lógicamente, yo hubiera ocupado el del superior, que es el dirigente máximo de Ritt-o-Mon. Y ella sabía ya muy bien por qué no podía alcanzar ese puesto. ¿Se lo había dicho usted, coronel?

Grey apretó los labios.

Durrell, en vista de la falta de respuesta, se volvió hacia sus amigos.

—Nunca lo supe yo y creo que ellos se enteraron muy recientemente. Thea, que pasa por ser la hija de Kalazoo, es solamente hija adoptiva. Y ella sabía también que yo soy el auténtico hijo de Kalazoo. Por tanto, tenía interés en eliminarme. ¿Quién hubiera creído después en esta fantástica historia, aunque se hubiese hecho pública? Muerto Kalazoo, muerto yo, nadie hubiese podido aportar pruebas en contra. Y ellos hubieran conseguido lo que tanto ansiaban: el poder y el dominio sobre un planeta, rico más por sus comerciantes que por sus recursos naturales. Ciertamente, hay mucha libertad y los impuestos son relativamente bajos, y ustedes no pensaban modificar esa situación, que habría podido provocar disturbios. Pero aun con los impuestos bajos, el cargo de superior es muy apetitoso, sobre todo si se tiene en cuenta otras perspectivas todavía más fructíferas.

Kalazoo habló de pronto, con voz sorprendentemente clara y firme.

—Thea, me has decepcionado profundamente —dijo—. Te crié y eduqué como si hubieses sido mi propia hija. Nunca quise dañarte, contándote tu verdadero origen, y no lo hubiera revelado jamás, de no haber sido absolutamente necesario; ni siquiera Egon lo habría sabido tampoco. Pero he tenido que romper mi secreto, dadas las circunstancias.

Ella dirigió al anciano una mirada hostil.

—No sé por qué, quizá fuese el instinto, pero siempre te desprecié en lo más profundo de mi ser —contestó—. Ahora veo que tenía razón... y no me importa que nos hayas descubierto. ¿Qué vas a alegar contra nosotros? ¿Puedes probar siquiera que estábamos envenenándote? Te conozco bastante bien y sé que eres muy temeroso del escándalo. De lo contrario, no habrías mantenido en secreto la existencia de tu propio hijo.

—No lo hice tanto por él, como por su madre, a la cual quise evitar la publicidad consiguiente.

—¿Lo ves? —rió Thea—. Egon, ¿y tú aprecias a ese viejo egoísta?

—Es preciso ser indulgente y comprensivo con las faltas ajenas —contestó el joven—, Al menos, de haberlo sabido yo antes, no le habría castigado envenenándole. —Durrell se volvió hacia Kalazoo—. ¿Vive aún mi madre?

—No —contestó el anciano—. Lo siento, hijo; debo admitir el calificativo de egoísta y timorato que me ha aplicado Thea.

—Tú no merecías ser el Superior de Ritt-o-Mon —dijo Thea—. Nosotros lo habríamos hecho mejor.

—En todo caso, hay algo que haremos mejor todavía —intervino Grey, a la vez que sacaba su pistola—. Puede que tengamos que abandonar el planeta, pero las gentes de aquí dependerán de nosotros.

—Coronel, si se refiere al «tridium», está muy equivocado —dijo el joven.

Un documento enrollado y sujeto por una cinta de color dorado cayó a los pies de Grey.

—Léalo —indicó Durrell—. Es el acta de cesión de los derechos de explotación, transporte y venta del «tridium» existente en el yacimiento de Swótari. Ese mineral tenía sus dueños y yo me encargaré de su comercialización, mediante el abono de un canon aceptable para ambas partes. Ah, y no se preocupe por ese documento; es una simple copia, coronel.

El rostro de Grey estaba lívido.

—Aquí acaban tus sueños de grandeza, traidor —dijo Kalazoo.

Un rugido de ira brotó de la garganta de Grey. La pistola tembló un instante en su mano.

De pronto, cuando iba a disparar, alguien golpeó su brazo, desviándolo con violencia. Grey se dio cuenta demasiado tarde de que la hermosa desconocida se había situado a su lado, maniobrando con habilidad.

La pistola chasqueó. Thea lanzó un agudísimo chillido. Durrell vio el impacto del pesado proyectil de veinte milímetros en su desnuda cintura y el chorro de líquido rojo que brotó explosivamente de su

espalda. La bala fue a hundirse sordamente en la pared inmediata.

Las rodillas de Thea se doblaron. Grey, ciego, se volvió hacia Issya, pero la joven lo hizo voltear en el aire. Grey rodó a los pies de Durrell, y al levantarse, recibió un tremendo rodillazo en pleno rostro, que lo derribó sin conocimiento.

Issya dirigió una mirada compungida al joven.

—Lo siento, yo no pensé...

—Tú no has tenido la culpa —dijo él.

Durrell se acercó a Thea. Los ojos de la mujer que habría podido ser su esposa estaban fijos en el techo de la estancia.

Grey empezó a rebullir. Durrell se volvió hacia Tohar.

—Ridd, será preciso avisar a la guardia —dijo—. Hemos grabado la conversación sostenida entre los dos. Será la prueba que condenará a Grey.

Tohar asintió y salió de la estancia, seguido de su mujer. Durrell se acercó a Issya y puso las manos sobre sus hombros.

—Creo que ya está todo resuelto —dijo, sonriendo.

Ella inspiró fuertemente.

—Sí, Egon —contestó.

\* \* \*

Había tristeza y melancolía en la mirada del anciano. —De modo que te marchas —dijo. —Sí —respondió Durrell.

—Eres un egoísta... Yo te guardaba mi puesto,.. —En muchas cosas, Thea tenía razón —dijo el joven—, Mi castigo, si lo es, resulta mucho menos cruel

que el que ella te había destinado, Y no puedes acusarme de egoísmo, puesto que te he curado; y si bien es cierto que conseguí al fin el «tridium», no es menos verdad que ha sido a costa de peligros indescriptibles. Ciertamente, pude escapar de Ritt-o-Mon gracias a ti, pero tus motivos no eran del todo limpios y desinteresados. Me

conocías bien, conocías perfectamente mi personalidad y mi idiosincrasia, y sabías que acabaría encontrando el Fuego Frío y volviendo a Ritt-o-Mon, pese a los riesgos que mi regreso entrañaba. Lo siento, pero no puedo continuar aquí.

Kalazoo volvió la cabeza a un lado.

—Toda la razón está de tu parte —murmuró—. Pero te echaré de menos, hijo.

—Retírate, dimite, deja el puesto a otro más joven y con distintas y mejores perspectivas. Aún puedes vivir muchos años más; quizá llegues a los dos siglos. Pero es hora de que cedas tu cargo a otro, quienquiera que sea y con tal de que no se llame Durrell.

—Ahora tú te llamas Kalazoo...

—Mi apellido será siempre Durrell.

—Ni siquiera usarás mi apellido —gimió el anciano.

—Te mereces algún castigo. Y, por otra parte, Issya y yo vendremos a Ritt-o-Mon de vez en cuando. No por ello dejaré de hacerte alguna visita, aunque no garantizo las fechas.

—Te casas con Issya.

Durrell pasó el brazo por los hombros de la hermosa muchacha.

—Ella será mi esposa hoy mismo —contestó—. Y mañana emprenderemos el viaje de vuelta a Swótari.

—Espera un poco, no corras tanto —protestó Issya—. Aún no conozco la capital y sé que hay muchos comercios, donde venden cosas muy bonitas.

Se oyó una sarcástica carcajada.

—Te va a arruinar, Egon —dijo Kalazoo.

—A ti, padre, porque todas las facturas irán a tu cuenta —contestó el joven.

Kalazoo abrió la boca, pero no logró emitir ningún sonido. Y cuando quiso hablar, estaba ya solo en la estancia.

—De modo que quieres ir de compras —dijo Durrell, sonriendo, mientras caminaban por un espacioso corredor; que les conduciría a la salida.

—Sí. No he ido nunca de compras, pero tú me enseñarás, ¿verdad?

Durrell meneó la cabeza.

—No sabías nadar y conseguiste sobrevivir... y comprar cosas bonitas es mucho más fácil —dijo.

—En todo caso, no serás tú quien se ahogue en las facturas —contestó Issya, alegremente.

**FIN**

**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**

Anuncia a sus lectores la  
aparición, en calidad de

**NOVEDAD EXCLUSIVA**

de las novelas de

**M. L. ESTEFANIA**

el autor mundialmente famoso, maestro  
Indiscutible del género Oeste, cuyas obras

**SE PUBLICARAN EN PRIMERA EDICION**

**A PARTIR DEL PROXIMO MES DE AGOSTO**

en los volúmenes de las colecciones

**CENTAURO y OESTE LEGENDARIO**

**APARICION SEMANAL. RESERVE SU EJEMPLAR**



**DESDE AHORA PUEDE LEER  
LAS NUEVAS NOVELAS DE  
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES  
DE LA NUEVA COLECCION  
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

**Silvia**

**CORIN TELLADO**

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE  
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

**EDITORIAL BRUGUERA**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA

Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA**

P. V. P.

**40**

S.